

Año 1 Número 2 - Diciembre 2013

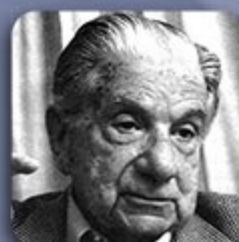
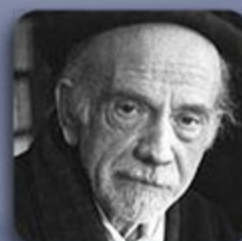


SOCIEDAD DE AUTORES  
INDEPENDIENTES

Por una verdadera Revolución Editorial

# Umbral

## Revista Literaria



### Contenido

- 1 Artículo
- 10 Poemas
- 12 Cuentos

### Entrevista

a Pedro Medina  
Editor de

**SUB**  
URBANO

## Do ut des

No podemos iniciar este segundo número de *UMBRAL* sin agradecer a los más de 6.000 lectores del número anterior, quienes no solamente nos han alentado a continuar con nuestro proyecto, sino que lo están impulsando hacia su éxito.

Es de destacar el trabajo que ha realizado la *Comisión Editorial* de SAINDE, cuyos integrantes, robándole horas a su descanso, abordaron la tarea con un espíritu solidario y capacidad dignos de admiración.

No puedo evitar que acudan a mí ciertas evocaciones. Hace muchos años, cuando las computadoras personales tenían menos memoria que un celular y costaban seis mil dólares, conocí a un señor japonés, que por capricho de las leyes de Argentina, se llama Alberto y por propia vocación había instalado un vivero hidropónico.

Alberto (Noshiro, para los amigos) me invitaba con frecuencia a su *ofuro*, en donde disfrutábamos de estimulantes charlas, sumergidos hasta el cuello en agua tan caliente que aún recuerdo la sensación de la piel rasgándose.

Cierta vez, me dijo: “...antes yo trabajaba como 3 o 4 personas, pero ahora ya no es necesario... ahora tengo 40 personas que me ayudan... si trabajaran como yo, seríamos como 150... pero no hace falta porque somos más de 40 trabajando...”

No sé si la neblina que envuelve mis recuerdos se deba al vapor denso del agua del *ofuro* o a la traición de las sinapsis neuronales, pero esas palabras de Noshiro, exactas o tendenciosamente alteradas por mi memoria, me han acompañado por mucho tiempo.

Me pregunto entonces: si las 3 o 4 personas de la *Comisión Editorial* lograron un éxito tan pleno con su dedicación, ¿hasta dónde podría llegar nuestro proyecto si

todos, los más de 60 asociados a SAINDE, les imitáramos?

¿Cuánto más lograríamos para nosotros mismos si, en vez de realizar esfuerzos individuales, trabajáramos coordinados por el bien común?

La solidaridad es la substancia de los grandes logros y por eso la hemos incluido en nuestro *Manifiesto* como un principio fundamental.

La *Comisión Editorial*, con su esfuerzo y dedicación desinteresados y en beneficio de todos, nos ha dado un claro mensaje: *Do ut des* (te doy para que me des).

Es nuestro deber responder ahora a la altura de su esfuerzo.

Álvaro Díaz  
Comisión Directiva



Umbral  
Revista Literaria  
Órgano oficial de la Sociedad  
de Autores Independientes

Año 1 - Número 2 - Diciembre del 2013

Dirección general: Naida Saavedra  
Corrección y estilo: Eric J. Lagarrigue  
Composición y diseño: Álvaro Díaz  
Imagen de portada: Gustave Doré

**Colaboradores de esta edición**

Nora E. Ibarra Eric J. Lagarrigue Álvaro Díaz  
Marino Liso Lizandro Samuel Ana C. Ochoa  
Apache Beltrand Diego Barrón Víctor A. Hernández  
Álvaro Torres-Calderón Naida Saavedra David Solera  
Javier Vargas Martínez José Romero Muñoz  
Clara Rojas José Llanes Jurado Aylén Martínez

Contacto: revista@sainde.org

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.

Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

# Índice de contenido

## Editorial

Nota editorial (*Álvaro Díaz*) ..... 1

## Cuentos

Intangible (*Nora Élide Ibarra*) ..... 3

La leyenda del cielo (*Eric J. Lagarrigue*) ..... 4

Las tres damas (*Lizandro Samuel*) ..... 11

La carta rosada (*Víctor Álex Hernández*) ..... 19

El hermano ausente (*Clara Rojas*) ..... 29

Raimundo Revilla (*José Llanes Jurado*) ..... 30

Después de la tormenta (*Aylén Martínez Hdez.*) ..... 32

## Poesía

En un rincón del Arba (*Marino Liso*) ..... 9

Ruptura (*Marino Liso*) ..... 9

La sangre de mi tierra (*Ana Carolina Ochoa*) .. 12

Artesano (*Apache Beltrand*) ..... 12

Me pregunto si el tiempo recuerda (*Diego Barrón*) ... 16

Chakana (*Álvaro Torres-Calderón*) ..... 21

En alguna parte del tiempo (*Álvaro Torres-Calderón*) . 21

Aidé (*Javier Vargas Martínez*) ..... 28

Mundo fraudulento (*José Romero Muñoz*) ..... 28

En la piel de astado (*David Solera Asís*) ..... 35

## Maestros

### El reloj

(*Pío Baroja*)

Relato simbólico ..... 10

### La excavación

(*Augusto Roa Bastos*)

de "Madera quemada" ..... 15

### Mucho gusto

(*Mario Benedetti*)

de "Despistes y franquezas" ..... 20

### Funes el memorioso

(*Jorge Luis Borges*)

de "Ficciones" ..... 24

### Continuidad de los parques

(*Julio Cortázar*)

de "Final del juego" ..... 36

## Artículos

Un chat intemporal (*Álvaro Díaz*) ..... 8

## Entrevista

a Pedro Medina (*por Naida Saavedra*) ..... 22



El derecho universal a la cultura y al acceso a la información es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser un medio imprescindible para el crecimiento moral e intelectual de la sociedad.

Sociedad de Autores Independientes

*Intangible*

**A**demás de no hacer bien el amor, escribe mal. Es retorcido, denso... sus personajes no respiran— dijo mi paciente.

En mi profesión como psicóloga era común escuchar este tipo de comentarios, sobre todo refiriéndose a relaciones sexuales. Pero en este caso tuve el palpito de que algo no estaba bien. Pedí a Patricia, mi paciente, que se explayara un poco más.

Ella añadió

—Elías es un tipo raro. Cuando tenemos sexo se comporta de una manera extraña... no para de hablar como si hubiese alguien más entre nosotros. Se lo hice notar y me respondió “No sabía que un ser etéreo también reclamase”.

La respuesta me enfureció y lo eché de mi cama y de mi casa. Le arrojé sus manuscritos por la ventana. Después le grité “¡Además de aprender a coger tienes que aprender a escribir!” Se fue caminado sin decir ni mu—

Le comenté a mi paciente que había algo que me sorprendía en la actitud de él, que si no tenía inconveniente me gustaría poder conocerlo y tener una charla.

Cuando Elías atravesó la puerta del consultorio, a pesar del corpazo robusto, su postura me recordó a un chico dulce e ingenuo, que detrás de su mirada suspicaz, ocultaba una afiligranada crueldad.

Con calma le dije

—Elías, lo invité a venir aquí porque Patricia siempre habla de usted, como ella es mi paciente me gustaría conversar sobre algunas situaciones que la preocupan—

La respuesta de él no se hizo esperar —disculpe mi pregunta... ¿Quién es Patricia?... yo solamente tengo una mujer en mi vida... Es la mujer ideal, creo que no solo para mí sino para cualquier hombre.

Ella me completa de tal manera... me motiva a escribir... comparte conmigo mis angustias, mis ansías. Debo confesarle algo doctora... Esta mujer es un ser único. Solo que para poder sobrellevar la realidad, debo hacerla corpórea. Es cuando tomo los cuerpos prestados de otras, ella me indica a quienes, siempre con su consentimiento...



*Nora Elida Barra*  
Argentina - 1953

*Escritora, traductora y profesora de español, inglés y portugués. Residente en la ciudad de Curitiba, estado de Paraná - Brasil.*

# La leyenda del cielo

El acero crujía en honra al martillo y las chispas desvanecían contra el suelo al caer desde lo alto; el vapor exhalado por las maquinarias atestaba el hangar más importante de la República; aquél, creado para albergar tres dirigibles alineados. El escaso presupuesto había ya desolado la inmensa estructura hace años, ahora solo restaban unos cuantos hombres trabajando bajo el perverso calor de un día interminable. Pero las cosas no tardaron en cambiar. Caminando apresurado, un hombre dirigía su andar hacia la cabina del General, vestido de un pantalón de color vino y una oscura chaqueta abotonada en dos hileras. En su mano, una carpeta; dejó caerla sobre el escritorio del militar.

-El consejo ha rechazado su proyecto varias veces- indicó el superior, descifrando el contenido de la carpeta -¿Qué le hace pensar que esta pobre ciudad pondrá dinero en semejante proyecto?

-Mis esperanzas yacen volcadas sobre usted, sé que es un hombre inteligente, y sabe muy bien que esta eterna guerrilla se ha convertido en un alzamiento en contra de nuestra capital, estoy decidido en emprender este proyecto de una u otra forma.

El General ojeó el archivo un par de veces, demostrando plena seriedad y compromiso, levantó el teléfono y llamó a ingeniería.

-Sí, dígame que venga... a mi oficina- cortó la llamada -Marconi, ¿no?- dijo leyendo la carátula del informe.

-Alejandro Marconi, ingeniero mecánico y electrónico, para servirle- contestó entusiasmado, poco tiempo antes que su sonrisa fuese allanada por la presencia del jefe de ingeniería, un hombre alto, delgado y de una nariz respingada, entraba acompañado de una enorme arrogancia.

-Vladimir ¿qué tienes para mí?

-Este joven a su izquierda me ha presentado una ambiciosa invención. Puede que no entienda mucho de todo esto, pero aun así comprendo que si la ganancia no es la victoria, el sacrificio es fútil. ¿Es este proyecto factible?- le preguntó al jefe.

-En efecto, sí- contestó titubeante, su envidia viajaba a través de sus ojos, culminando en Alejandro.

-Explíqueme por qué entonces el consejo ha rechazado tantas veces la creación de este artefacto.

-La tecnología existente no es apta para su desarrollo.

-¿Es posible tenerla en... cinco años?

-No, digo... sí- corrigió recordando la insólita habilidad del General para leer la mente.

-¿Qué hace ahí parado? Conceda los preparativos, yo le aseguraré el presupuesto adecuado. Alejandro, queda en usted la supervisión del proyecto al mando de Giacomo. Pueden retirarse.

Aquél escualido hombre recuperó su egocentrismo, sonrió y se retiró sabiendo que ahora en adelante el proyecto de Alejandro sería suyo.

## La forja

Una inmensa barcaza de transporte asentaba sobre el asfalto los prolongados sacos de hidrógeno como un patín de aterrizaje. Cargada de abundantes vigas de acero; esta no había sido la única en llegar, durante meses cientos de barcazas arribaron al hangar, transportando el material requerido para las modificaciones del mismo. La vida había echado anclas una vez más para la construcción de una colosal máquina de guerra.

Alejandro oteaba los planos de la bestia sujetos en la pared, aún sin saberlo, pensaba que el diseño eludía un concepto más allá de lo conocido, desde lo más profundo del subconsciente le era barrenado el juicio con la idea de lo erróneo. Las pisadas de un hombre sobre la herrumbrosa y oxidada escalera rompieron su concentración.

-Ahí estás- dijo Vladimir antes de pisar el último escalón -¿Ya pensaste algún nombre?

-No- respondió fríamente, alejando el interés del General hacia otra parte.

Alejandro perpetuaba su mirada en las miles de piezas que conformaban la bestia, las juntas articuladas, el casco de cerámica, el cableado eléctrico y todo aquello que concernía a su correcto funcionamiento; pero al final, notó que a pesar de los tanques de hidrógeno y a la repulsión magnética emitida del casco, el dirigible no podría nunca mantenerse en posición, ni jamás regresar al hangar sin que este lo demoliera al descender torpemente. Pero hubo algo que le desconcertó aún más.

-El dirigible no puede maniobrarse de forma manual- dijo Marconi entrando a la junta de ingenieros -las variables de viento y presión atmosférica son infinitas, el comportamiento articulado debe responder a tales variaciones...

-¿Y qué propone para solucionarlo?- inquirió el jefe al fondo de la mesa.

- Un monitor que coordine todas sus partes- a lo que los presentes respondieron con una mirada absorta.

-¿Piensa instalar un cerebro artificial dentro de una máquina de guerra con el riesgo que esta pueda elegir propias decisiones?

-Ese es el punto, hay decisiones que un ser humano no puede tomar sobre la máquina.

-No me haga reír Marconi, ¿acaso cree superior un cerebro de hojalata al de un oficial de la flota como para su remplazo?, en ese caso prefiero que lo maneje el guardia que cuida la puerta de mi oficina o, mejor aún ¿por qué no ponemos a un mono del zoológico?- la junta aflojó su seriedad en una carcajada.

-Si no hace lo que digo el personal caerá al vacío junto con la nave- respondió Marconi enfurecido antes de retirarse.

## El prototipo

Sin parentesco con un dirigible, semejante a un gusano cuyos órganos podían distinguirse a través de un esqueleto incompleto, alardeaba a lo largo del hangar aquella colosal nave. Su cabeza, el segmento articulado de mayor tamaño, estaba siendo cubierto por una oscura lámina convexa hecha de cerámica y metales diversos.

Alejandro supervisaba el interior sin asistencia, anotando las modificaciones requeridas para la ruin proeza del jefe de ingeniería. Sin encontrar errores, caminó hacia el puente: una amplia sala semicircular elevada cinco escalones, con varios paneles de cristal acomodados en el arco de la misma, y por detrás, un plomizo paredón con un prolongado ventanal que orientaba la vista hacia los hangares. Aún faltaban meses para la finalización del dirigible, pero todo parecía estar en orden para Alejandro, ya nada podría hacer él para salvar a la tripulación de un posible accidente. Se recostó en el sillón del Capitán, cerrando los ojos y cubriendo el rostro con su mano. De ahora en adelante todo el tiempo de construcción restante sería suyo, como así también el laboratorio. Abrió los ojos, sonrió ligeramente y corrió ansioso por los pasillos incompletos de la bestia.

## Divarion

En penumbras, solo alumbraban los dispersos monitores y las chispas de los cables que plagaban el suelo. Máquinas por doquier, con diversas tareas y solo un hombre en la habitación que ordenaba los resultados a espaldas de aquellos que menospreciaron su trabajo.

-¿Alejandro? ¿Es usted?- tímidamente, y de forma pausada, una voz inocente reverberaba a través de las máquinas.

-Sí, soy yo, estoy por adicionarte nuevos núcleos de memoria.



-Me había asustado.

-Sabes que nadie más puede entrar aquí, no dejaría que te llevaran nunca.

-Admiro mucho su pasión por el trabajo.

-Esto no es trabajo- respondió mientras extraía de una máquina un núcleo de memoria vacío -es dar a luz un individuo como cualquier otro.

-¿Soy como usted? Todo es muy confuso para mí.

-Por supuesto, tienes mi mente, mi forma de pensar y de ver la vida, pero superas el intelecto de cualquier hombre.

-Han pasado setenta y cuatro horas desde mi nacimiento y no me ha dicho para qué he sido creado ¿Podría saberlo ahora?

-Creo que ahora sí puedes comprenderlo: he diseñado un cuerpo capaz de hacer muchas cosas, entre ellas: ayudarnos a terminar una guerra, pero ese cuerpo no puede moverse por sí mismo, y es por ello que te he creado.

-¿Y cómo es, qué hace ese cuerpo?

-Es inmenso, es como una serpiente gigante, con él defenderás nuestros ideales, conquistarás los cielos... Podrás volar; ya casi está finalizado, pero si no termino antes contigo puede que lo enciendan sin ti.

-¿Sin mí? ¿Por qué harían eso?

-Porque te tienen miedo y no confían en ti.

-Alejandro, ¿ese cuerpo tiene un nombre?

-Aún no lo tiene y es lo que menos me interesa, sabes que soy malo para eso- dijo mientras le conectaba el núcleo.

-¿Puedo ponerle uno?

-Claro- respondió sorprendido.

-Divarion.

## ***Hombre y máquina***

La sirena resplandecía en todas direcciones, su estruendo llegaba a los oídos de todo el personal; que apresurados despejaban la pista, atentos a toda orden procedente de los parlantes.

Pero un hombre corría por los pasillos internos del hangar, el metálico golpeteo de su agitado andar le conducía hacia la bahía de aterrizaje. Miró a lo alto, miró a la máquina, y en sus manos: una pesada caja, dentro de ella: el cerebro de Divarion.

Los motores de la bestia encendieron, el casco se arraigaba al hangar mediante enormes relámpagos. Como una serpiente, deslizó su cuerpo con rapidez hasta el final y por primera ocasión sintió el roce contra el viento.

-Aquí el Capitán Bertolucci, todo se encuentra en orden- sonó la voz reproducida en los parlantes del hangar. Todos aplaudieron, pero solo uno aplacaba sus nervios.

-Los movimientos para mantener este dirigible en el aire son bastante complejos- volvió a transmitir -Parece imposible estabilizar la nave, intentaré aterrizar.

La gente observó a través de la boca del hangar, casi imperceptible, cómo una ráfaga de viento acerada lo surcó de un lado a otro. La nave ahora se alejaba para realizar la maniobra, pero esta ya estaba muy herida en su interior. Las ínfimas piezas que entrañaban la bestia colapsaron por el maltrato producto de tales desmesuradas maniobras, acarreado a la tripulación al abismo.

-¡Se los dije! Miles de veces ¡Se los dije!- gritaba en su laboratorio.

-Alejandro, ¿esa gente ha muerto?

-Sí, han muerto.

-¿Es por mi culpa? ¿Porque no estaba listo?

Alejandro recostó su cuerpo sobre la consola que reproducía las voces de su creación. -Es la mía, solo mía...

-¿Qué sucederá ahora?

Tras la puerta, el General retiró su presencia al terminar el espionaje.

### **De las cenizas...**

La verdad había sido ocultada, las ansias de la República engendraron una nueva máquina, pero ahora con nuevas mejoras.

Las canas ya cubrían el magro cabello del inventor. Situaba cuidadosamente el conexionado de los paneles del puente, miró a su derecha y avistó una enorme caja metálica.

-¿Estás listo Divarion?

-Sí- contestó con seguridad.

Encendió los sistemas, ahora estos conectados al cerebro artificial.

-¿Sientes algo?

-¿Qué es todo esto? ¿Puedo ver?

-Estás conectado con las 135 cámaras que habitan tu cuerpo.

-Siento algo extraño.

-Ha de ser la señal de los diversos sensores que posees, intenta no moverte mucho.

-No estoy seguro si me estoy moviendo o no.

-Observa por las cámaras... ¿Divarion? ¿Quieres que te saque?

-No, permítame acostumbrarme- respondió emocionado.

-Perfecto, vendré a la noche para revisar tu estado, no te exijas demasiado ni intentes nada aún, si todo sale bien le diré al General que se hagan las pruebas en veinte tres horas. Antes de eso vendrá gente a armar tus cañones, así que no te asustes.

Las nubes pintaron de sombras la ciudad. Todo el personal descansaba de un arduo día de trabajo, dejando al hangar en desoladas penumbras. Aunque una silueta marcaba fuertes pasos hacia la pista, ingresando a las entrañas de Divarion.

-Alejandro ¿es usted?- dijo la máquina -Es genial estar aquí, me siento tan... Usted no es Alejandro, ¿qué hace?- dijo mientras la silueta manipulaba los núcleos de memoria, sin responder a sus palabras.

¿Qué hace usted? no tiene permiso para estar aquí- dijo Alejandro al entrar.

Las luces encendieron, y una pistola apuntaba ya al corazón de Alejandro, quien aún adaptaba sus ojos a la luz. La silueta podía distinguirse ahora como una mujer de cabello castaño y largo.

-Alejandro, me hicieron algo, no puedo...- la máquina interrumpió sus últimas temerosas palabras.

Marconi observó los ojos de la mujer sin reconocer el arma que le apuntaba ni los temblores de Divarion que crujía ante la agonía.

-¡Tú!- reconoció aquel rostro que sin manifestar una sola mueca, disparó fríamente contra el ingeniero, empujándole tras la ventana y haciendo caer su cadáver a la pista.

La bestia partió, colapsando el hangar a su torpe serpenteo, para luego nunca volver jamás.



*Eric J. Lagarrigue*  
Tucumán - Argentina - 1993

*Estudiante de Cinematografía  
y escritor enfocado en la  
narrativa y guiones  
cinematográficos*



# Un chat intemporal

Recopilación de Alvaro Díaz

No nos asombran ya los avances en las comunicaciones. Zanjear la distancia por medio del chat o de Twitter es algo que, por cotidiano, hemos dejado de ver como una maravilla.

Pero, ¿y si algún sistema de mensajería nos permitiera salvar las distancias temporales? ¿Si pudiéramos “postear” un mensaje a otra época? Según Einstein, ésto es teóricamente posible.

Ejercitemos ese músculo que la modernidad tiende a atrofiar: *la imaginación*.

Imaginemos por un momento que grandes personalidades de distintas épocas pudieran comunicarse entre sí, aunque sea con 140 caracteres (o menos).

Es posible que en la pantalla del celular de Albert Einstein viéramos algo así:



**E=mc<sup>2</sup>** dice: Hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana. Y del universo no estoy seguro.



**JRenard** dice: ¿Estupidez humana? Humana sobra, realmente los únicos estúpidos son los hombres.



**PanchoQ** dice: Todos los que parecen estúpidos, lo son y, además también lo son la mitad de los que no lo parecen.



**Fausto** dice: Contra la estupidez, hasta los dioses luchan en vano.

**E=mc<sup>2</sup>** dice: El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir.



**Superman1** dice: ¿Es el hombre sólo un fallo de Dios, o Dios sólo un fallo del hombre?



**Cándido** dice: Proclamo en voz alta la libertad de pensamiento y muera el que no piense como yo.

Sin intención de ofender la inteligencia del lector y con el único fin de otorgar los créditos correspondientes, se aclara la identidad real de cada *Nickname*:

**E=mc<sup>2</sup>** - Albert Einstein

**JRenard** - Jules Renard

**PanchoQ** - Francisco de Quevedo

**Fausto** - Johann Wolfgang von Goethe

**Superman1** - Friedrich Nietzsche

**Cándido** - Voltaire (François Marie Arouet)

## En un rincón del Arba

**A**quel rincón  
abierto entre los chopos  
a la orilla del río  
evoca mis recuerdos.

Tirita el alma  
con el violín del viento  
y el ruido de los árboles  
estremece mi ánimo  
en un escalofrío  
que tranquiliza y sana.

Los sueños me acompañan  
y, de banda sonora,  
el murmullo del agua.

La paz que se respira  
y la tarde pausada  
serenan mi mirada.

El río está feliz  
de interpretar baladas  
y mi alma las recibe  
como a vendas las llagas.

Si este lugar nació  
antes que mi nostalgia,  
¿dónde estaría yo  
para no eliminarla?

El río que se va  
y vuelve y es el mismo,  
eterno caminante,  
que pasa, pero queda  
y baila y canta y ríe  
aunque no llegue el alba.

Con las aves que cantan  
y los grillos que ríen  
rejuvenece mi alma  
en el refugio triste,  
privilegio del Arba.



## Ruptura

¿Cuándo abandonarás tu gris refugio  
y abrazarás la luz que se te ofrece?  
¿No serás tú la herencia que repudio  
ante la duda inmensa que recrece?

¿No es cierto que has llorado en el silencio  
de tu celda? ¿No es cierto que ignoraste  
mis súplicas, mis ruegos y el aprecio  
que de mis manos abiertas no tomaste?

No esperes olvidarme sin sufrir,  
ni parir sin dolor tu nuevo estado,  
pero hallarás consuelo al ver tu fin  
temido, tan absurdo y deseado.

*Marino Liso*  
Zaragoza - España - 1958

Poeta vocacional.  
Reside en Barcelona - España



*Porque todos sus días, dolores, y sus ocupaciones,  
molestias, aún de noche su corazón no reposa.*

*-Eclesiastés*

## El reloj

**H**ay en los dominios de la fantasía bellas comarcas en donde los árboles suspiran y los arroyos cristalinos se deslizan cantando por entre orillas esmaltadas de flores a perderse en el azul mar. Lejos de estas comarcas, muy lejos de ellas, hay una región terrible y misteriosa en donde los árboles elevan al cielo sus descarnados brazos de espectro y en donde el silencio y la oscuridad proyectan sobre el alma rayos intensos de sombría desolación y de muerte.

Y en lo más siniestro de esa región de sombras, hay un castillo, un castillo negro y grande, con torreones almenados, con su galería ojival ya derruida y un foso lleno de aguas muertas y malsanas.

Yo la conozco, conozco esa región terrible. Una noche, emborrachado por mis tristezas y por el alcohol, iba por el camino tambaleándome como un barco viejo al compás de las notas de una vieja canción marinera. Era una canción la mía en tono menor, canción de pueblo salvaje y primitivo, triste como un canto luterano, canción serena de una amargura grande y sombría, de la amargura de la montaña y del bosque. Y era de noche. De repente, sentí un gran terror. Me encontré junto al castillo, y entré en una sala desierta; un alcotán, con un ala rota, se arrastraba por el suelo.

Desde la ventana se veía la luna, que ilumina a con su luz espectral el campo yerto y desnudo; en los fosos se estremecía el agua intranquila y llena de emanaciones. Arriba, en el cielo, el brillante Arturus resplandecía y titilaba con un parpadeo misterioso y confidencial. En la lejanía las llamas de una hoguera se agitaban con el viento. En el ancho salón, adornado con negras colgaduras, puse mi cama de helechos secos. El salón estaba abandonado; un brasero, donde ardía un montón de teas, lo iluminaba. Junto a una pared del salón había un reloj gigantesco, alto y estrecho como un ataúd, un reloj de caja negra que en las noches llenas de silencio lanzaba su tictac metálico con la energía de una amenaza.

«¡Ah! Soy feliz -me repetía a mí mismo-. Ya no oigo la odiosa voz humana, nunca, nunca.»

Y el reloj sombrío medía indiferente las horas tristes con su tictac metálico.

La vida estaba dominada; había encontrado el reposo. Mi espíritu gozaba con el horror de la noche, mejor que con las claridades blancas de la aurora.

¡Oh! Me encontraba tranquilo, nada turbaba mi calma; allí podía pasar mi vida solo, siempre solo, rumiando en silencio el amargo pasto de mis ideas, sin locas esperanzas, sin necias ilusiones, con el espíritu lleno de serenidades grises, como un paisaje de otoño.

Y el reloj sombrío medía indiferente las horas tristes con su tictac metálico. En las noches calladas una nota melancólica, el canto de un sapo me acompañaba.

-Tú también -le decía al cantor de la noche- vives en la soledad. En el fondo de tu escondrijo no tienes quien te responda más que el eco de los latidos de tu corazón.

Y el reloj sombrío medía indiferente las horas tristes con su tictac metálico.

Una noche, una noche callada, sentí el terror de algo vago que se cernía sobre mi alma; algo tan vago como la sombra de un sueño en el mar agitado de las ideas. Me asomé a la ventana. Allá en el negro cielo se estremecían y palpitaban los astros, en la inmensidad de sus existencias solitarias; ni un grito, ni un estremecimiento de vida en la tierra negra. Y el reloj sombrío medía indiferente las horas tristes con su tictac metálico.

Escuché atentamente; nada se oía. ¡El silencio, el silencio por todas partes! Sobrecogido, delirante, supliqué a los árboles que suspiraban en la noche que me acompañaran con suspiros; supliqué al viento que murmurase entre el follaje, y a la lluvia que resonara en las hojas secas del camino; e imploré de las cosas y de los hombres que no me abandonasen, y pedí a la luna que rompiera su negro manto de ébano y acariciara mis ojos, mis pobres ojos, turbios por la angustia de la muerte, con su mirada argentada y casta.

Y los árboles, y la luna, y la lluvia, y el viento permanecieron sordos. Y el reloj sombrío que mide indiferente las horas tristes se había parado para siempre.

*Pío Baroja*

*San Sebastián - España - 1872*

*Madrid - España - 1956*



# Las tres damas

“Si la soledad nunca te abandona no la abandones tú a ella”, ese era el mensaje escrito en su *WhatsApp*; y es que, ciertamente, por varios años se negó a serle infiel a su eterna acompañante, Soledad, quien le había jurado amor hasta la última de sus respiraciones. Por supuesto, esa relación había tenido sus pausas comerciales, pero acostumbraba volver a la programación principal, pues él sólo dejaría tal compañía ante la presencia de Aquella.

Aquella creció con él en su subconsciente mostrándole la idealización más perficiente de su pareja adecuada. Todas sus novias, o/y pretendientes, sufrieron la comparación con Aquella; el resultado solía ser el mismo: retorno con Soledad.

Alguna tarde su corazón sintió encontrar todo cuanto pedía, las caricias de Ella le destaparon nuevos escalones de amor. Subieron la escalera al ritmo de sus latidos: primera cita, primer beso, noviazgo, primer “te quiero”, primer “te amo”, “quiero estar contigo siempre”, hacer el amor, planificar toda una vida juntos. Soledad se sintió abandonada, Aquella acechaba en el último rellano.

No fue cosa de descubrir los defectos de la otra persona, fueron algunas acciones y decisiones las que condenaron la figura de Ella ante los ojos de él. “Aquella jamás me haría esto”, “Aquella es muy diferente”, “Aquella sí sería capaz de hacer eso por mí”. Su inseguridad lo empujó a un “no eres tú, soy yo”, o más bien: “no eres tú, es Aquella”.

Guapo, exitoso, simpático y gracioso, cuentan los chismes femeninos que se encuentra condenado: juró compañía eterna a Soledad, quien siempre lo recibe tras sus breves infidelidades; también juró sólo amar eternamente a la versión de carne y hueso de Aquella, a día de hoy sigue sin encontrarla. Los chismes femeninos hablan de él como un “loco”, la vida lo reconoce como un ser humano más.



Lizandro Samuel

Caracas - Venezuela - 1993

Escritor con preilección  
por la narrativa.

Finalista del premio

“Biblioteca FIMBA” 2013



# La sangre de mi tierra

**E**lla se instaló con su hoz  
disfrazada de ideas y de luces  
en medio de las calles

de los terrenos bajos  
donde reinó Xué,  
allá abajo.

No olvidó  
penetrar los intersticios  
de las puertas  
de almas huidizas  
del frío gélido  
de acá,  
ni matar su inquisición  
la memoria de Bachué  
pretexto de una cruz  
en las playas  
sorprendidas al ver  
por vez primera  
gigantescas maderas  
apresuradas caminando sobre el mar.

Muchos años  
estos charcos de sangre  
vestidos de colores necios  
son la misma premonición

y si con la savia de  
cuerpos no los llenan  
nos salpican por los lados  
un odio que germina  
en nuestros riñones  
cada instante, cada mes,  
cada año, cada década,  
cada cincuenteno,  
cada siglo...

Existen lugares por donde  
solo deambula la tristeza.  
Existe el país donde crecieron  
los hijos huérfanos de padres  
¿Nos dejaron solo  
ruanas mudas  
que cubrían  
el frío de la noche?  
¿Borraron de la tierra  
el nombre marcado por  
el arado de su dueños?

¿Quemaron  
sus casas y con ellas  
borraron la historia  
de los ojos que vanamente  
buscaban entre escombros  
su propio pasado?

Sí, se despojaron de su amor  
nos dejaron fragmentos  
que al madurar  
como cuchillos  
punzantes buscan  
repetir las lágrimas  
que fluyen  
por las heridas  
sin sanarlas  
trazan el mismo sendero  
circular  
bajo el cielo rencoroso  
del día umbrío.

*Ana Carolina Ochoa*  
Bogotá - Colombia

*Escribe poesía, cuento,  
artículos y reseñas.*



## Artesano

Tu refulgente presencia.  
De un garbo especial  
que te da la esencia  
de una deidad griega.

De aquellas esculpidas  
en mármol por expertas  
manos... prodigiosas  
en el diseño de sus obras.

Eres digna del escultor  
o del pintor que,  
tras finas pinceladas,  
seas su obra de arte.

Eres majestuosa.  
De un porte señorial que,  
de modo tal,  
debe permanecer tu imagen,

Yo seré el artesano.  
El que con sus propias manos  
te esculpa o te dibuje  
con herramientas del... amor.



*Apache Beltrand*  
México D.F. - 1956

*Escritor, periodista y  
Licenciado en Derecho*



# La excavación

El primer desprendimiento de tierra se produjo a unos tres metros, a sus espaldas. No le pareció al principio nada alarmante. Sería solamente una veta blanda del terreno de arriba. Las tinieblas apenas se pusieron un poco más densas en el angosto agujero por el que únicamente arrastrándose sobre el vientre un hombre podía avanzar o retroceder. No podía detenerse ahora. Siguió avanzando con el plato de hojalata que le servía de perforador. La creciente humedad que iba impregnando la tosca dura lo alentaba. La barranca ya no estaría lejos; a lo sumo, unos cuatro o cinco metros, lo que representaba unos veinticinco días más de trabajo hasta el boquete liberador sobre el río.

Alternándose en turnos seguidos de cuatro horas, seis presos hacían avanzar la excavación veinte centímetros diariamente. Hubieran podido avanzar más rápido, pero la capacidad de trabajo estaba limitada por la posibilidad de desalojar la tierra en el tacho de desperdicios sin que fuera notada. Se habían abstenido de orinar en la lata que entraba y salía dos veces al día. Lo hacían en los rincones de la celda húmeda y agrietada, con lo que si bien aumentaban el hedor siniestro de la reclusión, ganaban también unos cuantos centímetros más de "bodega" para el contrabando de la tierra excavada.

La guerra civil había concluido seis meses atrás. La perforación del túnel duraba cuatro. Entre tanto, habían fallecido, por diversas causas, no del todo apacibles, diecisiete de los ochenta y nueve presos políticos que se hallaban amontonados en esa inhóspita celda, antro, retrete, ergástula pestilente, donde en tiempos de calma no habían entrado nunca más de ocho o diez presos comunes.

De los diecisiete presos que habían tenido la estúpida ocurrencia de morir, a nueve se habían llevado distintas enfermedades contraídas antes o después de la prisión; a cuatro, los apremios urgentes de la cámara de torturas; a dos, la rauda ventosa de la tisis galopante. Otros dos se habían suicidado abriéndose las venas, uno con la púa de la hebilla del cinto; el otro, con el plato, cuyo borde afiló en la pared, y que ahora servía de herramienta para la apertura del túnel.

Esta estadística era la que regía la vida de esos desgraciados. Sus esperanzas y desalientos. Su congoja callosa, pero aún sensitiva. Su sed, el hambre, los dolores, el hedor, su odio encendido en la sangre, en los ojos, como esas mariposas de aceite que a pocos metros de allí -tal vez solamente un centenar- brillaban en la Catedral delante de las imágenes.

La única respiración venía por el agujero aún ciego, aún nonato, que iba creciendo como un hijo en el vientre de esos hombres ansiosos. Por allí venía el olor puro de la libertad, un soplo fresco y brillante entre los excrementos. Y allí se tocaba, en una especie de inminencia trabajada por el vértigo, todo lo que estaba más allá de ese boquete negro.

Eso era lo que sentían los presos cuando escarbaban la tosca con el plato de hojalata, en la noche angosta del túnel.

Un nuevo desprendimiento le enterró esta vez las piernas hasta los riñones. Quiso moverse, encoger las extremidades atrapadas, pero no pudo. De golpe tuvo exacta conciencia de lo que sucedía, mientras el dolor crecía con sordas puntadas en la carne, en los huesos de las piernas enterradas. No había sido una simple veta reblandecida. Probablemente era una cuña de tierra, un bloque espeso que llegaba hasta la superficie. Probablemente todo un cimiento se estaba sumiendo en la falla provocado por el desprendimiento.

No le quedaba otro recurso que cavar hacia adelante con todas sus fuerzas, sin respiro; cavar con el plato, con las uñas, hasta donde pudiese. Quizá no eran cinco metros los que faltaban, quizá no eran veinticinco días de zapa los que aún lo separaban del boquete salvador de la barranca del río. Quizá eran menos, sólo unos cuantos centímetros, unos minutos más de arañazos profundos. Se convirtió en un topo frenético. Sintió cada vez más húmeda la tierra. A medida que le iba faltando el aire, se sentía más animado. Su esperanza crecía con la asfixia. Un poco de barro tibio entre los dedos le hizo prorrumpir en un grito casi feliz. Pero estaba tan absorto en su emoción, la desesperante tiniebla del túnel lo envolvía de

tal modo, que no podía darse cuenta de que no era la proximidad del río, de que no eran sus filtraciones las que hacían ese lodo tibio, sino su propia sangre brotando debajo de las uñas y en las yemas heridas por la tosca. Ella, la tierra densa e impenetrable, era ahora la que, en el epílogo del duelo mortal comenzado hacía mucho tiempo, lo gastaba a él sin fatiga y lo empezaba a comer aún vivo y caliente. De pronto, pareció alejarse un poco. Manoteó al vacío. Era él quien se estaba quedando atrás en el aire como piedra que empezaba a estrangularlo.

Procuró avanzar, pero sus piernas ya irremediablemente formaban parte del bloque que se había desmoronado sobre ellas. Ya ni las sentía. Sólo sentía la asfixia. Se estaba ahogando en un río sólido y oscuro. Dejó de moverse, de pugnar inútilmente. La tortura se iba transformando en una inexplicable delicia. Empezó a recordar.

Recordó aquella otra mina subterránea en la guerra del Chaco, hacía mucho tiempo. Un tiempo que ahora se le antojaba fabuloso. Lo recordaba, sin embargo, claramente, con todos los detalles.

En el frente de Gondra, la guerra se había estancado. Hacia seis meses que paraguayos y bolivianos, empotrados frente a frente en sus inexpugnables posiciones, cambiaban obstinados tiroteos e insultos. No había más de cincuenta metros entre unos y otros.

En las pausas de ciertas noches que el melancólico olvido había hecho de pronto atrozmente memorables, en lugar de metralla canjeaban música y canciones de sus respectivas tierras.

El altiplano entero, pétreo y desolado, bajaba arrastrado por la quejumbre de las cuecas; toda una raza hecha de cobre y castigo, desde su plataforma cósmica bajaba hasta el polvo voraz de las trincheras. Y hasta allí bajaban desde los grandes ríos, desde los grandes bosques paraguayos, desde el corazón de su gente también absurda y cruelmente perseguida, las polcas y guaranías, juntándose, hermanándose con aquel otro aliento melodioso que subía desde la muerte. Y así sucedía porque era preciso que gente americana siguiese muriendo, matándose, para que ciertas cosas se expresaran correctamente en términos de estadística y mercado, de trueques y expoliaciones correctas, con cifras y números exactos, en boletines de la rapiña internacional.

Fue en una de esas pausas en que en unión de otros catorce voluntarios, Perucho Rodi, estudiante de ingeniería, buen hijo, hermano excelente, hermoso y suave moreno de ojos verdes, había empezado a cavar ese túnel que debía salir detrás de las posiciones bolivianas con un boquete que en el momento señalado entraría en erupción como el cráter de un volcán.

En dieciocho días los ochenta metros de la gruesa perforación subterránea quedaron cubiertos. Y el volcán entró en erupción con lava sólida de metralla, de granadas, de proyectiles de todos los calibres, hasta arrasar las posiciones enemigas.

Recordó en la noche azul, sin luna, el extraño silencio que había precedido a la masacre y también el que lo había seguido, cuando ya todo estaba terminado. Dos silencios idénticos, sepulcrales, latentes. Entre los dos, sólo la posición de los astros había producido la mutación de una breve secuencia. Todo estaba igual. Salvo los restos de esa espantosa carnicería que a lo sumo había añadido un nuevo detalle apenas perceptible a la decoración del paisaje nocturno.

Recordó, un segundo antes del ataque, la visión de los enemigos sumidos en el tranquilo sueño del que no despertarían. Recordó haber elegido a sus víctimas, abarcándolas con el girar aún silencioso de su ametralladora. Sobre todo, a una de ellas: un soldado que se retorció en el remolino de una pesadilla. Tal vez soñaba en ese momento en un túnel idéntico pero inverso al que les estaba acercando al exterminio. En un pensamiento suficientemente extenso y flexible, esas distinciones en realidad carecían de importancia. Era despreciable la circunstancia de que uno fuese el exterminador y otro la víctima inminente. Pero en ese momento todavía no podía saberlo.

Sólo recordó que había vaciado íntegramente su ametralladora. Recordó que cuando la automática se le había finalmente recalentado y atascado, la abandonó y siguió entonces arrojando granadas de mano, hasta que sus dos brazos se le durmieron a los costados. Lo más extraño de todo era que, mientras sucedían estas cosas, le habían atravesado recuerdos de otros hechos, reales y ficticios, que, aparentemente no tenían entre sí ninguna conexión y acentuaban, en cambio, la sensación de sueño en que él mismo flotaba. Pensó, por ejemplo, en el escapulario carmesí de su madre (real); en el inmenso

panambí de bronce de la tumba del poeta Ortiz Guerrero (ficticio); en su hermanita María Isabel, recién recibida de maestra (real). Estos parpadeos incoherentes de su imaginación duraron todo el tiempo. Recordó haber regresado con ellos chapoteando en un vasto y espeso estero de sangre.

Aquel túnel del Chaco y este túnel que él mismo había sugerido cavar en el suelo de la cárcel, que él personalmente había empezado a cavar y que, por último, sólo a él le había servido de trampa mortal; este túnel y aquél eran el mismo túnel; un único agujero recto y negro con un boquete de entrada pero no de salida. Un agujero negro y recto que a pesar de su rectitud le había rodeado desde que nació como un círculo subterráneo, irrevocable y fatal. Un túnel que tenía ahora para él cuarenta años, pero que en realidad era mucho más viejo, realmente inmemorial.

Aquella noche azul del Chaco, poblada de estruendos y cadáveres había mentido una salida. Pero sólo había sido un sueño; menos que un sueño: la decoración fantástica de un sueño futuro en medio del humo de la batalla.

Con el último aliento, Perucho Rodi la volvía a soñar; es decir, a vivir. Sólo ahora aquel sueño lejano era real. Y ahora sí que avistaba el boquete ennegrecido, el perfecto redondel de la salida.

Soñó (recordó) que volvía a salir por aquel cráter en erupción hacia la noche azulada, metálica, fragorosa. Volvió a sentir la ametralladora ardiente y convulsa en sus manos. Soñó (recordó) que volvía a descargar ráfaga tras ráfaga y que volvía a arrojar granada tras granada. Soñó (recordó) la cara de cada una de sus víctimas. Las vio nítidamente. Eran ochenta y nueve en total. Al franquear el límite secreto, las reconoció en un brusco resplandor y se estremeció: esas ochenta y nueve caras vivas y terribles de sus víctimas eran (y seguirán siéndolo en un fogonazo fotográfico infinito) las de sus compañeros de prisión. Incluso los diecisiete muertos, a los cuales se había agregado uno más. Se soñó entre esos muertos. Soñó que soñaba en un túnel. Se vio retorcerse en una pesadilla, soñando que cavaba, que luchaba, que mataba. Recordó nítidamente el soldado enemigo a quien había abatido con su ametralladora, mientras se retorcía en una pesadilla. Soñó que aquel soldado enemigo lo abatía ahora a él con su ametralladora, tan exactamente parecido a él mismo que se hubiera dicho que era su hermano mellizo.

El sueño de Perucho Rodi quedó sepultado en esa grieta como un diamante negro que iba a alumbrar aún otra noche.

La frustrada evasión fue descubierta; el boquete de entrada en el piso de la celda. El hecho inspiró a los guardianes.

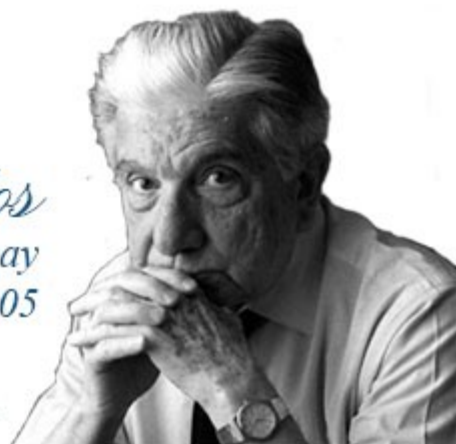
Los presos de la celda 4 (llamada Valle-i), menos el evadido Perucho Rodi, a la noche siguiente encontraron inexplicablemente descorrido el cerrojo. Sondearon con sus ojos la noche siniestra del patio. Encontraron que inexplicablemente los pasillos y corredores estaban desiertos. Avanzaron. No enfrentaron en la sombra la sombra de ningún centinela. Inexplicablemente, el caserón circular parecía desierto. La puerta trasera que daba a una callejuela clausurada, estaba inexplicablemente entreabierta. La empujaron, salieron. Al salir, con el primer soplo fresco, los abatió en masa sobre las piedras el fuego cruzado de las ametralladoras que las oscuras troneras del panóptico escupieron sobre ellos durante algunos segundos.

Al día siguiente, la ciudad se enteró solamente de que unos cuantos presos habían sido liquidados en el momento en que pretendían evadirse por un túnel. El comunicado pudo mentir con la verdad. Existía un testimonio irrefutable: el túnel. Los periodistas fueron invitados a examinarlo. Quedaron satisfechos al ver el boquete de entrada en la celda. La evidencia anulaba algunos detalles insignificantes: la inexistente salida que nadie pidió ver, las manchas de sangre aún frescas en la callejuela abandonada.

Poco después el agujero fue cegado con piedras y la celda 4 (Valle-i) volvió a quedar abarrotada.

*Augusto  
Roa Bastos*  
Asunción - Paraguay  
1917 - 2005

Relato incluido en el libro  
"Madera quemada" de 1967.





# Me pregunto si el tiempo recuerda

**M**e pregunto si el tiempo recuerda,  
que solo la noche nos queda.

Me pregunto si el tiempo recuerda,  
todos mis fracasos reclamados  
por la autócrata sombra del pasado.

Me pregunto si el tiempo recuerda,  
todas sus promesas de campaña,  
la más infame y descarada,  
aclamar que él todo lo curaba  
simplemente dio permiso  
a la melancolía, al drama y al dolor  
de apoderarse de este mi ya inerte corazón.  
Corazón ya con muchas transfusiones,  
transfusiones de ilusiones,  
ilusiones que el tiempo concibió y rompió.

Me pregunto si el tiempo recuerda  
algunas palabras bellas  
o si solo sabe indirectas de ellas.  
Me pregunto si el tiempo se da cuenta  
Que lo observo dando vueltas.  
Con sus manos sin señales  
y dirección inerrable

Me responde "Espera, espera".  
Yo le grito "Venga, venga".  
Venga el dolor que falta  
Venga la desesperanza  
Vengan los "Todo estará bien, tranquilo no pasará nada"

Dice pusilánime tiempo: Espera, espera un respiro;  
Que así disfrutaremos juntos el dolor

Dice el malaventurado tiempo  
que primero debo tenerla,  
para después perderla.  
El infeliz sabe que esperanza no volverá,  
que está en los brazos de soledad.  
Grita el insolente cabrón:  
"Todo estará bien, tranquilo no pasará nada";  
Dice que es mi adelanto y consuelo antes de la última estocada.

Me pregunto si el tiempo acabará rápido conmigo, le recuerdo  
que solo la noche nos queda y a mi alma cancerbero la espera echado a mi  
puerta.



*Diego Barrón*  
Distrito Federal - México

Estudiante.  
Escribe poesía y crítica  
social y política



# La carta rosada

*Cuento*

No había podido todavía la anciana Mariela secarse el rostro cuando su mirada, enfocada en el misterioso sobre de color rosa, se volvía a emborronar por la acción de las lágrimas que no paraban de brotar desde hacía ya dos días. Con manos temblorosas, retiró la carta del interior del libro que se mantenía reposado en la mesilla de noche de Fidel, su difunto marido, tal cual lo había dejado éste antes de exhalar el último suspiro. Esa debía ser, sin duda, la última epístola de una secreta relación con un desconocido remitente, cuyo casual descubrimiento dos años atrás había despertado en Mariela innumerables sospechas, de las cuales ninguna certeza había conseguido aún extraer. Después de darle muchas vueltas a la cabeza, había llegado la hora de poner fin al interrogante. Tenía la esperanza de que la rabia que le produciría descubrir la verdad aliviaría el intenso dolor que sentía por la pérdida, cuarenta y ocho horas antes, del amor de su vida.

El sobre era del mismo tamaño, color y textura que todos los anteriores. La primera vez que vio uno similar fue por un descuido de su marido, quien sabiendo que su mujer no sabía leer ni escribir, recogía todos los viernes de forma puntual la correspondencia del buzón de su piso en una céntrica calle del distrito. Aquel día, durante el almuerzo, mientras conversaba con su esposa, iba revisando la correspondencia que por lo general constaba de facturas por pagar, publicidad, o alguna que otra revista literaria a la que Fidel estaba suscrito. Repentinamente, el sobre cayó al suelo como si hubiera cobrado vida propia y quisiera advertir a Mariela de los peligros que en su interior pudiera ocultar. El rosado envoltorio, por sí mismo, no tendría por qué haber llamado de manera expresa su atención. Pero sin embargo, la nerviosa actitud de su marido, que pareció languidecer cuando observó caer el objeto, la rapidez con la que lo recuperó y resguardó entre el resto de cartas, y sus evasivas respuestas ante el sutil interrogatorio de Mariela, fueron signos que hicieron inquietar a la buena mujer.

Al día siguiente de aquel primer descubrimiento, la anciana sorprendió a su esposo escribiendo una carta. Extrañada, puesto que no era costumbre en su marido el hecho de escribir sino que más bien era éste un ávido lector, le preguntó por el contenido y el destinatario de su texto. Balbuceando, Fidel le respondió restando importancia al asunto y argumentando que se trataba de una llamada de atención a un viejo amigo. Su marido pretendía, según él, hacerle ver a este amigo que debía aprender a observar la realidad y no depender de las interpretaciones de los demás para poder extraer sus propias conclusiones. Mariela quedó satisfecha con la contestación y, alegrándose por el buen corazón de la persona con la que compartía su vida, que de forma gentil ocupaba su tiempo en realizar una buena obra para con su amigo, continuó con sus labores dejando que él concluyera su escrito.

Casualmente, en los días posteriores a este singular hecho, mientras desempolvaba los muebles del dormitorio conyugal, Mariela se percató de que una fina esquina rosada sobresalía del interior de la novela que Fidel tenía sobre su mesilla de noche. Aprovechando que estaba sola en casa, abrió con extremo cuidado el libro hasta descubrir en su interior la presencia oculta de la misteriosa carta que por capricho del destino había visto caer al suelo de su cocina. En ese momento recordó la actitud de su marido aquel día, y se preguntó por qué estaba esa carta escondida en ese lugar. Observó que el sobre no tenía remitente alguno en su exterior, aunque de poco le habría ayudado su existencia porque Mariela, a pesar de ser una mujer muy inteligente, era víctima del analfabetismo predominante en su época de juventud, y por lo tanto

incapaz de descifrar texto alguno. De forma instintiva, cuando Mariela rescató el sobre de su escondite, se lo acercó a su nariz e inspiró de manera profunda. La sensación la dejó pálida. No había ninguna duda, aquel sobre destilaba una suave fragancia que sin dificultad identificó como un perfume de mujer.

El descubrimiento la paralizó. Aquella carta, envuelta doblemente por un sobre de color rosa y por una esencia de mujer, no podía ser otra cosa que una carta de amor. Intentó tranquilizarse pensando que el hecho de recibir un mensaje no implicaba más que eso, una declaración. Era posible que alguna admiradora hubiera decidido aventurarse a proclamarle amor incondicional a su esposo, pero no por ello Fidel tendría que corresponder con el mismo atrevimiento. Sin embargo, como queriendo contradecirla, el recuerdo de cómo había sorprendido a su marido escribiendo al día siguiente le golpeó la memoria. ¿Le había mentido y en realidad se estaría cartearando con una amante? No tenía forma de saberlo. Preguntarle a él no era una opción válida. De hecho, ya le había consultado e insistir en ello hubiera descubierto su creciente desconfianza. El sobre, al contrario que la vez anterior, se encontraba abierto. Y Mariela extrajo la carta de su interior con la esperanza de descubrir alguna pista que la tranquilizara. Se trataba de un manuscrito de tan solo cinco líneas, muy breve, quizás tan solo alguna indicación para una cita próxima. Pero el texto ya podría haber estado igualmente escrito en griego antiguo o arameo porque para ella hubiera sido igual de ininteligible. El enorme peso de la duda cayó sobre la anciana del mismo modo que se precipita al mar un bloque de hielo desgarrado de la punta de un iceberg, hundiéndose en sus entrañas y dejando tras de sí el helado rastro de la desconfianza.

Hasta ese día, la circunstancia de no saber leer ni escribir no le había afectado para nada en su día a día. Fidel se ocupaba con gusto de suplir esa carencia. En las frías tardes de invierno, él le leía cuentos mientras ambos se recostaban bajo una gruesa manta al calor de la vieja estufa eléctrica. Y Mariela, embelesada por su grave tono de voz, se enamoraba cada día más de su marido mientras éste le reproducía las obras de los más afamados autores de la literatura clásica. La prosa que salía de labios de Fidel a menudo se entremezclaba con el sonido de la lluvia, que golpeaba ferozmente las ventanas, y atravesando la corta distancia que les separaba, sufría una inevitable transformación antes de alcanzar los oídos de Mariela. Así, los signos de puntuación se convertían en insoportables pero necesarias esperas. Las líneas se transformaban en versos, y los párrafos en estrofas. Como efecto de semejante metamorfosis, la totalidad del texto arribaba al corazón de ella envuelto en pura poesía, donde cada palabra evocaba una sensación diferente. Y al alcanzar el punto y final, ambos se condensaban en un abrazo como lo hacían también las gotas que se formaban en la cara interna de las ventanas.

Sin embargo, en esta ocasión, por primera vez en su vida, Mariela sentía la necesidad de aprender a leer. Tenía que averiguar quién estaba detrás de aquel sobre rosado, qué relación mantenía con su marido y porqué éste buscaba fuera del hogar el afecto que jamás le había faltado dentro de él. De manera simultánea, empezó a percatarse de que Fidel se empezaba a preocupar por su aspecto físico antes de salir de casa. De buenas a primeras, comenzó a necesitar consejo para vestirse, peinarse y conjuntarse. Todo esto no hacía más que reafirmar la determinación de Mariela de aprender a leer, costara lo que costara, para poder averiguar lo que aquella extraña correspondencia y el no menos insólito comportamiento de su esposo le ocultaban. Y fue así como, a su avanzada edad, se aventuró a acudir a la librería más lejana que encontró y se agenció un buen surtido de cuadernillos infantiles para iniciarse en la lectura. También aprovechó las horas de trabajo de Fidel durante las mañanas para escuchar una cadena radiofónica donde se enseñaba y titulaba a adultos en diferentes conocimientos básicos, entre ellos un completo programa de alfabetización. Con muchísimo esfuerzo, pero con

inquebrantable voluntad, la temerosa Mariela logró poco a poco y de manera absolutamente independiente y secreta su objetivo, hasta el punto de que un año y medio después de la irrupción en su vida de aquella maldita carta era capaz de interpretar, no sin notoria dificultad, cualquier texto que se preciara de tener una letra clara.

La época final del aprendizaje de Mariela coincidió con el deterioro en la salud de su amado esposo. Cada vez le costaba más ejecutar las simples acciones del día a día. Tuvo que dejar su trabajo. Y por las tardes, llegó un momento en el que las narraciones de los cuentos se hacían interminables, hasta el punto de que Mariela, por el rabillo del ojo, intentaba continuar por sí misma la lectura sin que él pudiera percatarse. Las cartas rosadas seguían apareciendo misteriosamente en su buzón todos los viernes. Pero este debilitamiento progresivo de Fidel, unido al miedo que despertaba la posibilidad de conocer una cruel verdad, restringía a Mariela de acudir a leer el contenido de las misivas que la atormentaban por dentro. Comenzó a pensar que no quería saber si su marido la engañaba. Se convenció a sí misma de que en caso de que así fuera, la culpable sería ella misma por no haberlo sabido cuidar como él se merecía. En su interior sentía que el amor dispensado por Fidel hacia ella era más que suficiente para sentirse satisfecha. Y terminó por convencerse de que una pequeña infidelidad no significaba nada ante la inmensidad de lo recibido. Así que nunca se atrevió a abrir el sobre rosado y ni mucho menos a pasear sus pupilas por el misterioso manuscrito que contenía.

Pero ahora la cosa había cambiado mucho. Justo hacía dos días, el alma de Fidel no resistió más tiempo unido a su cuerpo y se produjo el fallecimiento. La tristeza y el dolor de Mariela se desataron de manera incontrolable afrontando en soledad un duelo desgarrador. El amor de su vida, el hombre que le leía cuentos todas las tardes, con quien había compartido sus experiencias más felices, acababa de abandonarla y el vacío que sentía jamás podría llenarse. Se encontraba hundida, abatida y desolada. Atravesando semejante estado un fugaz momento de extraña lucidez la invadió, ocurriéndosele entonces una infalible forma de mitigar tanta tristeza. Pensó que si descubría la identidad de la mujer que le había robado el corazón de su marido podría dirigir toda su rabia contra ella, dando así algo de tregua a su corazón, y rebajando, aunque fuera en lo más mínimo, el intenso amor que aún sentía por Fidel. El miedo a descubrir la verdad se había evaporado por completo. Era como si su esposo se lo hubiera llevado de la mano a la ultratumba. En su lugar, se encontraba ahora la visión de aquella carta como una única tabla de salvación. La verdad, sería cuando menos dolorosa, pero a buen seguro que no oprimiría tanto su pecho como lo hacía en estos momentos la aflicción por la reciente pérdida. En cuanto Mariela extrajo el contenido del sobre y comenzó a leer la carta, las tres primeras palabras le helaron la sangre, pero según continuó la breve lectura las sensaciones más estremecedoras se sucedieron en su interior agitando un torbellino de ideas. La carta que estaba dentro del sobre rosado decía así:

*“Infinitamente amada Mariela:*

*Fíjese usted lo que he tenido que hacer para que por fin aprendiera usted a leer.*

*Fdo:*

*Su siempre fiel esposo, Fidel.”*

Con ese punto y final, la humedad de su rostro y su mirada se evaporó, y Mariela pudo sentir el abrazo más cálido que jamás había recibido.

*Victor Alex Hernández*  
La Palma - España - 1978

*Consignatario de buques y profesor de inglés. Escritor de relatos que sueña poder publicar.*



# Mucho gusto

Se habían encontrado en la barra de un bar, cada uno frente a una jarra de cerveza, y habían empezado a conversar al principio, como es lo normal, sobre el tiempo y la crisis; luego, de temas varios, y no siempre racionalmente encadenados. Al parecer, el flaco era escritor, el otro, un señor cualquiera. No bien supo que el flaco era literato, el señor cualquiera, empezó a elogiar la condición de artista, eso que llamaba el sencillo privilegio de poder escribir.

-No crea que es algo tan estupendo -dijo el Flaco-, también hay momentos de profundo desamparo en los que se llega a la conclusión de que todo lo que se ha escrito es una basura; probablemente no lo sea, pero uno así lo cree. Sin ir más lejos, no hace mucho, junté todos mis inéditos, o sea un trabajo de varios años, llamé a mi mejor amigo y le dije: Mira, esto no sirve, pero comprenderás que para mí es demasiado doloroso destruirlo, así que hazme un favor; quémalos; júrame que lo vas a quemar, y me lo juró.

El señor cualquiera quedó muy impresionado ante aquel gesto autocrítico, pero no se atrevió a hacer ningún comentario. Tras un buen rato de silencio, se rascó la nuca y empujó la jarra de cerveza.

-Oiga, don -dijo sin pestañear-, hace rato que hemos hablado y ni siquiera nos hemos presentado, mi nombre es Ernesto Chávez, viajante de comercio -y le tendió la mano.

-Mucho gusto -dijo el otro, oprimiéndola con sus dedos huesudos-, Franz Kafka, para servirle.



*Mario Benedetti*

*Paso de los Toros - Uruguay - 1920*

*Montevideo - Uruguay - 2009*

*Relato incluido en el libro "Despistes y Franquezas" de 1989.*





# Chakana

*Ojos de cóndor, fuerza de puma, lengua de serpiente.*

**H**oy, mi corazón late intenso y no es por la altura. Es la frescura del aire y el azul proveniente del cielo que envuelven mis sueños. Hoy quiero pedirle prestada su capa verde al Apu mayor y cruzar sus arterias.

No hay operación necesaria, solo exploración y asombro de su sabiduría milenaria.

Ayer, anunciaste el comienzo del nuevo sol, las hojas no mienten y yo ando sereno. Tu agüita de coca, el leño humeante lejano, el incienso sobre la roca y tu voz completan el rito que vine a buscar.

Mañana, el vuelo de los cóndores llevarán las buenas nuevas. El sonido del pututo llegará a los rincones del universo. El altavoz de tu cañón amplificará el eco hasta las alturas del paraíso. Las tierras descansan y todos celebrarán tu día: Qosqo, Cuzco, Cusco, ecos de diferentes voces, pero una sola esencia.

Una paloma surca tu cielo, el colibrí extrae la miel de tu flor. Miles de años y aún sigues tan viva como antes. Extiendo mis brazos, con el rostro en alto, frente al sol, te respiro y entro en trance.

El soplo del viento me transporta al centro donde parten los Suyos. Sentado extendiendo mis dedos siento tus venas conectadas a las mías. El chamán recita sus versos y espera mostrarme el camino de Wiracochan.

Hoy, mi corazón late intenso y no es por la altura.

*Álvaro Torres-Calderón*

*Lima - Perú - 1975*

*Doctorado en literatura latinoamericana*

*Master en lenguas romance*

*Profesor asociado del departamento de español en University of North Georgia (U.S.A.)*

*Poeta, ensayista, actor, músico y pintor.*



## *En alguna parte del tiempo*

*Paz mental 1975.*

Al alba, el gigante dejó salir libélulas y ninfas de su corazón

El cielo reflejaba la promesa de un despertar del río  
y a su encuentro vinieron unos zancudos desgarrados  
con narices de espada y cerebros de chorlito

Lo flagelaron con cachetadas de alas  
lo forzaron a abrir el cofre que más anhelaba.

Una lágrima de cristal fría y salada  
cayó y estremeció el terreno lejano de los enanos valientes

Nunca más el gigante volvió a abrir las puertas  
de lo que un día fue el hogar de las humildes hormigas

Pasarán en fila batallones de grandes eventos y  
la bestia yacerá embalsamada por la baba de las arañas,  
en seis cajones del mausoleo de seis pisos construidos en el  
año sexto.

Pasarán miles de sueños y nunca más el sol de sus ojos  
volverá a abrigar la merienda de deseo tan jugoso  
tan ingrato y ligero como el haber osado ser mensajero  
del Metal Pesado, de Bruce Dickinson y de la "Dama de  
Hierro."

Larga vida Eddie! --- Te recuerda Steve Harris.

## Pedro Medina

Editor de



por Naida Saavedra



Existen diferentes tipos de editoriales, todas con una línea de publicación que las caracteriza. Ese es el caso también de las editoriales independientes. Suburbano Ediciones, bajo la dirección del escritor peruano residenciado en Miami, Pedro Medina, abre sus puertas y apuesta por autores no conocidos dentro del mundo literario de Estados Unidos. Suburbano Ediciones se presenta como una opción para aquellos escritores provenientes de Latinoamérica o España radicados en EE.UU. que escriben en español y no encuentran la manera de editar sus libros dentro del país. Por ello decidí entrevistar a Pedro Medina, para conversar un poco sobre el rol de los autores y las editoriales independientes hoy en día. Asimismo tocamos temas como la aparición del ebook, el establecimiento de un puente literario entre Latinoamérica y España y lo que significa trabajar como editor a tiempo completo. Disfruten.

**1. ¿Por qué decidiste abrir la sección editorial de Sub-Urbano? ¿Qué vacío viste en el mundo literario y comercial?**

Para complementar el proyecto de difusión de literatura en español dentro de EE.UU. que empezó con la Revista Sub-Urbano. La literatura tiene que moverse, circular, a los autores se les tiene que leer. Y acá, en este país, lamentablemente hace mucha falta eso. Entonces, bajo esa premisa, nació la idea de publicar buenos ebooks a precios muy accesibles.

El vacío entre el lado comercial y la literatura es la falta de editoriales. El planeta está lleno de escritores que, lamentablemente, no tienen muchas opciones donde publicar sus obras. Menos acá en Estados Unidos, mucho menos. Los autores latinoamericanos radicados en este país deben publicar sus obras en España o Latinoamérica. Era necesario crear una plataforma, abrir la ventana.

**2. Suburbano Ediciones es considerada una editorial independiente. ¿Cuáles son los retos a los que se enfrenta dentro del mercado editorial tradicional?**

El principal reto, creo, para una editorial independiente y no independiente, es “reclutar” lectores. Eso en primer lugar, pues la gente no lee. Luego, concentrándonos en las editoriales independientes, me parece que el reto mayor es conseguir difusión de las obras publicadas. La publicidad y el marketing son claves para darle vida a un libro y se requiere de una inversión grande para hacer buenas campañas. La vida real del libro comienza cuando este es un producto, cuando ya se publicó y, suele resultar muy difícil hacer “circular” ese producto.

**3. El ebook es la opción que maneja Sub-urbano Ediciones para la publicación de manuscritos. ¿Qué ventajas ves de este formato frente al formato impreso? ¿Cómo percibes la aceptación del formato digital en los mercados de Latinoamérica y España?**

Traer un libro desde España, por ejemplo, cuesta más que el libro mismo. Esto, de alguna manera, hace que la literatura se estanque, no trascienda; y eso no debe ser así. El ebook, en cambio, con un solo click puede ir de un continente a otro, esta es una gran ventaja que debe aprovecharse. El ebook debe verse como un canal de difusión y masificación de la literatura.

En España hay mucho rechazo hacia los ebooks, bastante más que en Latinoamérica. El rechazo mayormente viene de los lectores pues dicen que “al libro hay que olerlo y hay que tocarlo”. Pero los escritores escriben para que los lean, no para que los huelan ni para que los toquen. Y si el ebook es una opción para ser leídos en cualquier lugar del mundo sin dificultad y de paso, por qué no, para que la escritura, o sea su trabajo, les resulte económicamente más rentable, pienso que rechazar el ebook es no apoyar al autor.

Y en cuanto a las editoriales, son cada vez más las que abren su catálogo de ebooks.

**4. Hablando precisamente sobre Latinoamérica y España, es interesante observar que la editorial que diriges se dedica a publicar libros tanto de autores latinoamericanos y españoles, así como aquellos radicados en Estados Unidos. ¿Cuál es el propósito de esta actividad transatlántica?**

El propósito es simple: ser un puente cultural entre las dos orillas. De alguna manera la comunidad hispana de Estados Unidos, es un puente entre ambas orillas.

**5. Ahora conversemos sobre el trabajo de editor. ¿Cómo encuentras un equilibrio entre las actividades que te llevan a ser escritor y editor al mismo tiempo?**

Soy escritor, editor de una revista, editor de los ebooks de Suburbano Ediciones, trabajo nueve horas diarias en un banco -Mercantil-Commercebank-, rodeado de gente con la que no tengo un ápice en común y me he metido otra vez a la universidad; creo que no puedo hablar mucho sobre cómo encuentro mi “equilibrio”. Lo único que sí puedo decir es que mi tabla de salvación es el ejercicio: a las 4:30 am, todas las mañanas, corro una hora. Luego de eso empiezo el día con mucho gusto y lo tomo como vengas.

**6. Sería interesante saber un poco acerca de tus hábitos de escritura. ¿Cuándo escribes? ¿Dónde? ¿Tienes algún tipo de norma o vas a escribiendo en servilletas y luego uniendo ideas?**

Pues mira, te diría que escribo todo el día. Es divertido, aunque no parezca, estar metido en un banco de 8:00 am a 5:00 pm. No hablo absolutamente con nadie y nadie me habla. Tengo ocho años trabajando ahí, así que ya perdieron las esperanzas de verme socializar, me conocen bien y respetan mi distancia –cosa que aprecio mucho- así que paso mi jornada laboral con el ipod en los oídos, mientras hago cálculos en excel. Entonces, es en esas horas cuando más metido estoy en mis proyectos personales de escritura. Le doy vueltas y vueltas y vueltas a las historias, a los personajes, honestamente estoy en otro planeta. Junto a mí tengo fichas (cuartillas las llaman algunos) donde voy anotando todo, absolutamente todo. Las compro en paquetes de cien. Esas fichas después las voy ordenando como un puzzle y veo la manera de sacar el momento para sentarme a escribir lo que hay en ellas. Más adelante hago lo mismo cuando tengo que corregir. Claro, es largo mi proceso de escritura, pero “es lo que hay” por ahora.

**7. Acaba de salir publicada tu novela Mañana no te veré en Miami. ¡Cuéntanos sobre ella!**

Es un conjunto de historias interconectadas entre sí, pero independientes a la vez, ambientadas en Miami Beach. Lleva el título Mañana no te veré en Miami porque todos los personajes tienen los días contados en la ciudad, se van por las buenas o por las malas. Y es así como de alguna manera se vive en Miami. En Miami no se nace, a Miami se llega en avión y es una ciudad de tránsito en la que todos estamos hoy, pero mañana no sabemos. Las historias son bastantes marginales y muestran ese lado que el de afuera no ve o no conoce de Miami, pero que para todos los que vivimos en ella resulta el pan de cada día: deportaciones, prostitución en las esquinas de South Beach, familias divididas, “la migra”, nostalgia, pluralidad de lenguajes, etc, etc, etc.

Muchas gracias.

¡Muchas gracias a ti, Pedro!





# Funes el memorioso

Lo recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar ese verbo sagrado, sólo un hombre en la tierra tuvo derecho y ese hombre ha muerto) con una oscura pasionaria en la mano, viéndola como nadie la ha visto, aunque la mirara desde el crepúsculo del día hasta el de la noche, toda una vida entera. Lo recuerdo, la cara taciturna y aindiada y singularmente remota, detrás del cigarrillo. Recuerdo (creo) sus manos afiladas de trenzador. Recuerdo cerca de esas manos un mate, con las armas de la Banda Oriental; recuerdo en la ventana de la casa una estera amarilla, con un vago paisaje lacustre. Recuerdo claramente su voz; la voz pausada, resentida y nasal del orillero antiguo, sin los silbidos italianos de ahora. Más de tres veces no lo vi; la última, en 1887... Me parece muy feliz el proyecto de que todos aquellos que lo trataron escriban sobre él; mi testimonio será acaso el más breve y sin duda el más pobre, pero no el menos imparcial del volumen que editarán ustedes. Mi deplorable condición de argentino me impedirá incurrir en el ditirambo —género obligatorio en el Uruguay, cuando el tema es un uruguayo. Literato, cajetilla, porteño: Funes no dijo esas injuriosas palabras, pero de un modo suficiente me consta que yo representaba para él esas desventuras. Pedro Leandro Ipuche ha escrito que Funes era un precursor de los superhombres; “Un Zarathustra cimarrón y vernáculo”; no lo discuto, pero no hay que olvidar que era también un compadrito de Fray Bentos, con ciertas incurables limitaciones.

Mi primer recuerdo de Funes es muy perspicuo. Lo veo en un atardecer de marzo o febrero del año ochenta y cuatro. Mi padre, ese año, me había llevado a veranear a Fray Bentos. Yo volvía con mi primo Bernardo Haedo de la estancia de San Francisco. Volvíamos cantando, a caballo, y ésa no era la única circunstancia de mi felicidad. Después de un día bochornoso, una enorme tormenta color pizarra había escondido el cielo. La alentaba el viento del Sur, ya se enloquecían los árboles; yo tenía el temor (la esperanza) de que nos sorprendiera en un descampado el agua elemental. Corrimos una especie de carrera con la tormenta. Entramos en un callejón que se ahondaba entre dos veredas altísimas de ladrillo. Había oscurecido de golpe; oí rápidos y casi secretos pasos en lo alto; alcé los ojos y vi un muchacho que corría por la estrecha y rota vereda como por una estrecha y rota pared. Recuerdo la bombacha, las alpargatas, recuerdo el cigarrillo en el duro rostro, contra el nubarrón ya sin límites. Bernardo le gritó imprevisiblemente: ¿Qué horas son, Ireneo? Sin consultar el cielo, sin detenerse, el otro respondió: Faltan cuatro minutos para las ocho, joven Bernardo Juan Francisco. La voz era aguda, burlona.

Yo soy tan distraído que el diálogo que acabo de referir no me hubiera llamado la atención si no lo hubiera recalado mi primo, a quien estimulaban (creo) cierto orgullo local, y el deseo de mostrarse indiferente a la réplica tripartita del otro.

Me dijo que el muchacho del callejón era un tal Ireneo Funes, mentado por algunas rarezas como la de no darse con nadie y la de saber siempre la hora, como un reloj. Agregó que era hijo de una planchadora del pueblo, María Clementina Funes, y que algunos decían que su padre era un médico del saladero, un inglés O'Connor, y otros un domador o rastreador del departamento del Salto. Vivía con su madre, a la vuelta de la quinta de los Laureles.

Los años ochenta y cinco y ochenta y seis veraneamos en la ciudad de Montevideo. El ochenta y siete volví a Fray Bentos. Pregunté, como es natural, por todos los conocidos y, finalmente, por el “cronométrico Funes”. Me contestaron que lo había volteado un redomón en la estancia de San Francisco, y que había quedado tullido, sin esperanza. Recuerdo la impresión

incómoda magia que la noticia me produjo: la única vez que yo lo vi, veníamos a caballo de San Francisco y él andaba en un lugar alto; el hecho, en boca de mi primo Bernardo, tenía mucho de sueño elaborado con elementos anteriores. Me dijeron que no se movía del catre, puestos los ojos en la higuera del fondo o en una telaraña. En los atardeceres, permitía que lo sacaran a la ventana. Llevaba la soberbia hasta el punto de simular que era benéfico el golpe que lo había fulminado... Dos veces lo vi atrás de la reja, que burdamente recalca su condición de eterno prisionero: una, inmóvil, con los ojos cerrados; otra, inmóvil también, absorto en la contemplación de un oloroso gajo de santonina.

No sin alguna vanagloria yo había iniciado en aquel tiempo el estudio metódico del latín. Mi valija incluía el *De viris illustribus* de Lhomond, el *Thesaurus* de Quicherat, los comentarios de Julio César y un volumen impar de la *Naturalis historia* de Plinio, que excedía (y sigue excediendo) mis módicas virtudes de latinista. Todo se propala en un pueblo chico; Ireneo, en su rancho de las orillas, no tardó en enterarse del arribo de esos libros anómalos. Me dirigió una carta florida y ceremoniosa, en la que recordaba nuestro encuentro, desdichadamente fugaz, “del día siete de febrero del año ochenta y cuatro”, ponderaba los gloriosos servicios que don Gregorio Haedo, mi tío, finado ese mismo año, “había prestado a las dos patrias en la valerosa jornada de Ituzaingó”, y me solicitaba el préstamo de cualquiera de los volúmenes, acompañado de un diccionario “para la buena inteligencia del texto original, porque todavía ignoro el latín”. Prometía devolverlos en buen estado, casi inmediatamente. La letra era perfecta, muy perfilada; la ortografía, del tipo que Andrés Bello preconizó: i por y, j por g. Al principio, temí naturalmente una broma. Mis primos me aseguraron que no, que eran cosas de Ireneo. No supe si atribuir a descaro, a ignorancia o a estupidez la idea de que el arduo latín no requería más instrumento que un diccionario; para desengañarlo con plenitud le mandé el *Gradus ad Parnassum* de Quicherat. y la obra de Plinio:

El catorce de febrero me telegrafiaron de Buenos Aires que volviera inmediatamente, porque mi padre no estaba “nada bien”. Dios me perdone; el prestigio de ser el destinatario de un telegrama urgente, el deseo de comunicar a todo Fray Bentos la contradicción entre la forma negativa de la noticia y el perentorio adverbio, la tentación de dramatizar mi dolor, fingiendo un viril estoicismo, tal vez me distrajeron de toda posibilidad de dolor. Al hacer la valija, noté que me faltaban el *Gradus* y el primer tomo de la *Naturalis historia*. El “Saturno” zarpaba al día siguiente, por la mañana; esa noche, después de cenar, me encaminé a casa de Funes. Me asombró que la noche fuera no menos pesada que el día.

En el decente rancho, la madre de Funes me recibió. Me dijo que Ireneo estaba en la pieza del fondo y que no me extrañara encontrarla a oscuras, porque Ireneo sabía pasarse las horas muertas sin encender la vela. Atravesé el patio de baldosa, el corredorcito; llegué al segundo patio. Había una parra; la oscuridad pudo parecerme total. Oí de pronto la alta y burlona voz de Ireneo. Esa voz hablaba en latín; esa voz (que venía de la tiniebla) articulaba con moroso deleite un discurso o plegaria o incantación. Resonaron las sílabas romanas en el patio de tierra; mi temor las creía indescifrables, interminables; después, en el enorme diálogo de esa noche, supe que formaban el primer párrafo del vigésimocuarto capítulo del libro séptimo de la *Naturalis historia*. La materia de ese capítulo es la memoria; las palabras últimas fueron *ut nihil non usdem verbis redderetur auditum*.

Sin el menor cambio de voz, Ireneo me dijo que pasara. Estaba en el catre, fumando. Me parece que no le vi la cara hasta el alba; creo recordar el ascua momentánea del cigarrillo. La pieza olía vagamente a humedad. Me senté; repetí la historia del telegrama y de la enfermedad de mi padre. Arribo, ahora, al más difícil punto de mi relato. Este (bueno es que ya lo sepa el lector) no tiene otro argumento que ese diálogo de hace ya medio siglo. No trataré de reproducir sus palabras, irrecuperables ahora. Prefiero resumir con veracidad las muchas cosas

que me dijo Ireneo. El estilo indirecto es remoto y débil; yo sé que sacrifico la eficacia de mi relato; que mis lectores se imaginen los entrecortados períodos que me abrumaron esa noche.

Ireneo empezó por enumerar, en latín y español, los casos de memoria prodigiosa registrados por la *Naturalis historia*: Ciro, rey de los persas, que sabía llamar por su nombre a todos los soldados de sus ejércitos; Mitridates Eupator, que administraba la justicia en los 22 idiomas de su imperio; Simónides, inventor de la mnemotecnia; Metrodoro, que profesaba el arte de repetir con fidelidad lo escuchado una sola vez. Con evidente buena fe se maravilló de que tales casos maravillaran. Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo, él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un sordo, un abombado, un desmemoriado. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles.

Nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc. Podía reconstruir todos los sueños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero. Me dijo: Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo. Y también: Mis sueños son como la vigilia de ustedes. Y también, hacia el alba: Mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras. Una circunferencia en un pizarrón, un triángulo rectángulo, un rombo, son formas que podemos intuir plenamente; lo mismo le pasaba a Ireneo con las aborascadas crines de un potro, con una punta de ganado en una cuchilla, con el fuego cambiante y con la innumerable ceniza, con las muchas caras de un muerto en un largo velorio. No sé cuántas estrellas veía en el cielo.

Esas cosas me dijo; ni entonces ni después las he puesto en duda. En aquel tiempo no había cinematógrafos ni fonógrafos; es, sin embargo, inverosímil y hasta increíble que nadie hiciera un experimento con Funes. Lo cierto es que vivimos postergando todo lo postergable; tal vez todos sabemos profundamente que somos in—mortales y que tarde o temprano, todo hombre hará todas las cosas y sabrá todo.

La voz de Funes, desde la oscuridad, seguía hablando..

Me dijo que hacia 1886 había discurrido un sistema original de numeración y que en muy pocos días había rebasado el veinticuatro mil. No lo había escrito, porque lo pensado una sola vez ya no podía borrarse. Su primer estímulo, creo, fue el desagrado de que los treinta y tres orientales requirieran dos signos y tres palabras, en lugar de una sola palabra y un solo signo. Aplicó luego ese disparatado principio a los otros números. En lugar de siete mil trece, decía (por ejemplo) Máximo Pérez; en lugar de siete mil catorce, El Ferrocarril; otros números eran Luis Melián Lafinur, Olimar, azufre, los bastos, la ballena, gas, la caldera, Napoleón, Agustín vedia. En lugar de quinientos, decía nueve. Cada palabra tenía un signo particular, una especie marca; las últimas muy complicadas... Yo traté explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario sistema numeración. Le dije decir 365 tres centenas, seis decenas, cinco unidades;

análisis no existe en los “números” El Negro Timoteo o manta de carne. Funes no me entendió o no quiso entenderme.

Locke, siglo XVII, postuló (y reprobó) idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera nombre propio; Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo. En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez.

Los dos proyectos que he indicado (un vocabulario infinito para serie natural de los números, un inútil catálogo mental de todas las imágenes del recuerdo) son insensatos, pero revelan cierta balbuciente grandeza. Nos dejan vislumbrar o inferir el vertiginoso mundo de Funes. Éste, no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente). Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez. Refiere Swift que el emperador de Lilliput discernía el movimiento del minuterero; Funes discernía continuamente los tranquilos avances de la corrupción, de las caries, de la fatiga. Notaba los progresos de la muerte, de la humedad. Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. Babilonia, Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor la imaginación de los hombres; nadie, en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano. Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo; Funes, de espaldas en el catre, en la sombra, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas precisas que lo rodeaban. (Repito que el menos importante de sus recuerdos era más minucioso y más vivo que nuestra percepción de un goce físico o de un tormento físico.) Hacia el Este, en un trecho no amanzanado, había casas nuevas, desconocidas. Funes las imaginaba negras, compactas, hechas de tiniebla homogénea; en esa dirección volvía la cara para dormir. También solía imaginarse en el fondo del río, mecido y anulado por la corriente.

Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos.

La recelosa claridad de la madrugada entró por el patio de tierra.

Entonces vi la cara de la voz que toda la noche había hablado. Ireneo tenía diecinueve años; había nacido en 1868; me pareció monumental como el bronce, más antiguo que Egipto, anterior a las profecías y a las pirámides. Pensé que cada una de mis palabras (que cada uno de mis gestos) perduraría en su implacable memoria; me entorpeció el temor de multiplicar ademanes inútiles.

Ireneo Funes murió en 1889, de una congestión pulmonar.

*Jorge Luis Borges*

Buenos Aires - Argentina - 1899

Ginebra - Suiza - 1986

Relato publicado en el libro

“Ficciones” de 1942



## Aidé

...La poesía es sólo amor, transgrede las prohibiciones  
y se atreve a mirar de frente a lo invisible”  
Alejandro Jodorowski.

De cada mil almas solo una parte muy pequeña proporcional al infinitesimal de lágrimas fugaces, cuentan en su estructura con verdades tan aplastantes que podrían cambiar el curso hacia la nada. Tu alma Aidé es de ellas, eterna, omnipresente, poderosa y abrumadora. Hoy el viento es distinto porque respiro tu esencia, conozco tu beso quien me explicó que en algún momento quisiste con toda tu alma al igual que yo, compartir la vida con amor, ternura y comprensión mutua del ser. Con ese pequeño pero grandilocuente choque de labios, sé todo lo que necesito acerca de ti y de mí, de nuestro amor que existió un día. Gracias a él he trazado la ruta, ya no necesito ninguna carta de navegación o artefacto para encontrar el camino. Mi barco que antes de ti apuntaba hacia todos los mares y a ninguno, hoy conoce su rumbo. El capitán que lo guía es mi corazón y su marinería se compone de dos filibusteros aguerridos y beligerantes que son mis sueños y mi amor eterno por ti. Te lo suplico Aidé, no te olvides de soplar en mi espíritu para izar las velas a tu destino...

Javier Vargas Martínez  
Distrito Federal - México - 1975

Poeta, ensayista y escritor.  
Acreedor de varios premios y menciones  
en concursos literarios.



## Mundo Fraudulento

Huyen las palabras  
y salen las sonrisas  
duras patadas da  
quien no entiende  
el perdón y el dolor  
alguna vez u ocasión  
cuando hay que hacer  
un acto de consideración.  
No me pidas sentimientos  
ni sensibilidad alguna  
ante hechos miserables  
con alguien indefenso  
que su error fue vivir  
en un mundo fraudulento.



José Romero Muñoz  
Huelva - España - 1959

Profesor de teatro y poeta.



# El hermano ausente

La radio lanza a Rafael, su canción se hace himno en mi alma.

"Mi hermano es diferente a mí. Mi hermano sé que es mejor que yo / Es todo bondad, es todo dulzura / sus ojos se nublan si me ve llorar / Mi hermano es diferente a mí.

Él quisiera seguir jugando con la arena / con aquel caballo de cartón / con aquel castillo de papel / pero yo no sé ya jugar / porque empecé a querer / y el amor me roba su amistad / y este amor me apartará de él / mi hermano da todo por mi bien / mi hermano va siempre junto a mí / y cuando la paz termina en mi vida / él hace que ría y olvide mi mal / mi hermano, mi hermano / mi hermano sé que es mejor que yo...."

La canción te reclama, impone tu presencia, llegas a mí con ella, tus pasos suenan a música, tú eres mejor que yo, hermano. Son los sueños de mamá complacidos contigo, aunque finjo creerla pues dice que te pareces a mí, te veo correr sin medida, romper los silencios, quebrantar el tiempo, mientras yo camino tímido, respetando reglas, temiendo disgustar con mis haceres.

Hermano, tú eres la voz que me sale, la risa que se escapa, la impaciencia permanente. ¿Escuchabas cuando acariciaba el vientre de mamá y le preguntaba por ti?

¿Cuándo tendré un hermano, mamá?

Aún no había cumplido los tres años, a mamá se le ocurrió amamantar a Fido Dido, el pequinés recién nacido, me enfadó tanto que grité, ¡No, mamá, esa teta es para mi hermano!

Algún día vendrías, mamá debería esperarte, no quería que regalara nada, tú llegarías en algún momento, ¿verdad, mamá?

Ella siempre comentaba de la tristeza en algunos seres abandonados, nacidos en medio de muchos hermanos, se sentían muy solos, casi nunca se llamaban, tan distantes, no parecían ser del mismo vientre, es verdad que en la historia bíblica existió Caín...

Es verdad también, mami, que hijos únicos forjaron familia con sus amigos, más hermanos que algunos de la misma sangre, más eso no me consuela, porque un abrazo de hermano, con aquel que creciste, con el que compartiste el mismo cuarto, la misma almohada, con el que peleabas por el mismo juguete, un abrazo de aquel... es irrenunciable.

Cómo sería nuestro hogar sin ti, hermano, sin tus pasos retumbando la casa, tu risa jocosa, esas bromas al paso, has aprendido de mí más de lo que yo mismo sé, caminas mis pasos, ¡fiel ejemplo!, rezonga mamá, ¿solo me imitas o te ríes de mí, hermano?

Nuestros gritos los arrullan, aquietan sus sobresaltos, nos escuchan cerca a ellos, rompiendo la armonía, llenando vacíos... papá y mamá alzan sus voces como el tañer de campanas en busca de las nuestras.

Cómo sería mi vida sin ti. El silencio me hablaría por ti reclamándote, tu voz sin sonido invadiría ese espacio tuyo por siempre hermano, me veo en un mar de juguetes sin vida, sin interés, arrumados uno sobre otro sin entusiasmarme, las horas serían inmensamente largas, no me daría sueño de tantas energías contenidas, por más amigos que me visiten, por más primos que tenga, no sería igual, ellos se irían en algún momento, el hermano nunca se va.

Acaso juegue ocasionalmente con el hermano menor de algún amigo diciéndole a mamá.

¿Ves que buen hermano sería yo?

Me habría perdido en la quietud de un cuarto ordenado, encerrado en algún juego solitario, hubiera aprendido a navegar como hacen los grandes piratas y en horas de comidas pondría otro cubierto en la mesa diciéndome a mí mismo, que si no existieras te habría inventado, hermano... pues tardas tanto en nacer que ya estoy perdiendo las esperanzas...

*Clara Rojas*  
Lima - Perú

Periodista, Consultora  
en comunicaciones  
Editora y Escritora



*Raimundo Revilla**Cuento*

**R**aimundo Revilla fue una persona que jamás faltaba a sus problemas, eso sí, cuando se hablaba de dinero ya era otra cosa. Poseía un trabajo como camarero bastante mal pagado, sus inacabados estudios de arquitectura de poco le sirvieron a la hora de conseguir este salario que apenas le alcanzaba para pagar el suelo que pisaba, pues de hecho, en ocasiones no lo hacía. Vivía de alquilado en una casa, y como todo buen inquilino, no pagaba el alquiler, pero las impertinencias de su casera le salían caras a su paciencia.

Solía llegar a las dos de la noche a aquel antro que llamaba casa, y aquel día no sería distinto. Subió poco a poco las escaleras de madera que conducían al segundo piso, pero por muy meticuloso que fuese, aquel piano desnivelado no paraba de delatarle. Raimundo Revilla no dejaba de rezar para que su casera no apareciese por tercer día consecutivo detrás de él y le volviese a formar un numerito en los umbrales de las puertas vecinas. Pero no tuvo esa suerte.

- Joven, hoy hace mes y medio que no me pagas.

No hubo contestación de Raimundo pues el simple hecho de buscar la llave apropiada para esa puerta le ocupaba la mente.

- Joven, ¿cuándo me pagarás?

- Pronto, señora, pronto.

- Lo mismo dijiste la semana pasada, y la anterior y la...

- Por favor, señora déjeme descansar, es tarde y ni usted misma desea escucharse.

- ¿Y cuándo descansaré yo? ¿Cuándo?

- ¡Cuándo llegue a la tumba señora! Y ya de paso descansaremos todos.

Dicho esto se abrió la puerta del piso.

- ¿Pero cómo te atreves?

- Váyase a dormir, señora, ya hablaremos mañana, pues espero que hasta usted tenga mejores cosas que hacer.

Dicho esto, Raimundo Revilla entró en su cuchitril dándole la espalda a la señora aún expectante y cerrando tras él la puerta. Misión cumplida, había llegado una vez más a casa sano y salvo, esquivando aquellas mandíbulas que solo querían exprimirlo.

Sin entretenerse más tiempo, decidió dormir, pues deseaba descansar. Ya en la cama el joven hombre no podía coger el sueño y no paraba de moverse en su colchón. Miró la hora y deseó que las manecillas de aquel reloj no hubieran desbordado por el mediodía de aquella noche, "las dos y dieciocho de la madrugada" susurró en la penumbra, se había acostado ciertos días más tarde y con eso se consolaba. Al rato, y sin dejar de retorcerse entre las sábanas volvió a mirar la hora "las dos y dieciocho de la madrugada". Obviamente esto era imposible pues había estado al menos media hora dando vueltas en aquella cama. Comprobó de nuevo la hora "las dos y dieciocho de la madrugada". Definitivamente el reloj estaba roto, cosa que a él no le extrañaba dado que días anteriores ya había hecho amagos con los mismos síntomas. No podía dormirse,

comenzó a ponerse nervioso, pues no poder descansar era la peor de las condenas para él. Decidió levantarse y despejarse en la frescura de la noche. Se asomó a la ventana, la luna se presentaba solitaria en el paisaje de un cielo despejado. No circulaban coches y todas las luces estaban apagadas en un silencio sepulcral, era él el único que continuaba despierto en aquella ciudad inerte. Sin nada nuevo que ver, se cansó de las vistas y se dirigió al baño. Se arrojó agua sobre la cara para despejarse, total estaba muy nervioso e iba a tardar en acostarse. En aquel momento decidió que en cuanto pudiese se mudaría de piso, que jamás volvería a pasar por un martirio semejante, pues pensaba que la culpa de sus nervios la tenía su casera. Alzó la mirada para verse reflejado en el espejo, pero no se vio, el espejo reflejaba simplemente la pared de enfrente, probó asomarse otra vez, pero nada, no se veía reflejado, y así un millón de veces pero siempre con el mismo resultado, simplemente él no estaba delante del espejo. Se asustó tanto que decidió huir de aquel piso. Las pocas luces que poseía tampoco le proyectaban, pero de esto no se dio cuenta. "Todo es cosa de la vieja" pensaba "todo es cosa de la casera, ella ha hechizado la casa para asustarme y así provocar mi marcha".

Comenzó a bajar las escaleras de madera, que tal vez, por cortesía esta vez no rechinaron, mientras todavía no había cerrado la entrada de su habitáculo. Se dirigió directo a la puerta del hogar de la casera y comenzó a golpearla sin piedad.

- ¡¡Abra, abra, vieja bruja!!

No hubo contestación pese a su elevado tono.

- Echaré la puerta abajo, abra, vieja bruja o llamaré a las autoridades.

Sin dejar de gritar esto, su cólera y rabia estallaron y descolocaron aquella puerta de una atronadora patada. Esa casa era mucho más amplia y a la vez horriblemente antigua. Un largo pasillo que ofrecía las habitaciones del lugar a ambos lados, no paraban de ponerle mucho más nervioso de lo que ya estaba. Se asomó por todas las puertas en busca de la casera, pero no encontraba señal de su presencia a falta de la última puerta a la derecha. Abrió esta última con una fuerza tremenda y desmesurada, seguidos de gritos de furia realmente enfermizos y desesperados, la angustia le impedía dejar de gritar y sus ojos, rojos de enfado, pudieron ver aquella desoladora escena. Fue entonces cuando lo entendió todo.

Aquella puerta daba a un baño en el que encontró a su cuerpo tumbado en una bañera con un puñal clavado en el dorso, mientras aquella vieja limpiaba la sangre derramada.

*José Planes Jurado*  
Valencia - España - 1994

*Estudiante de Física en la  
Universidad de Valencia.*





# Después de la tormenta

El día viernes y debían celebrar el aniversario de boda.

“Diecisiete años son muchos y han hecho mella en los deseos de sorprender y celebrar; pero qué duda cabe, somos un matrimonio consolidado y tenemos una hija preciosa. Todo está bien” - Se decía a sí misma Clara en ese intento desesperado que no pocas veces se asume para dar una explicación a algo que duele y desagrada; eso que negamos para no ver la verdadera razón. Lo cierto es que su marido no parecía tener la más mínima intención de proponer que hicieran algo especial.

Alberto lleva tiempo distante y frío con ella y en ocasiones parece querer estar en cualquier sitio menos en casa. El sexo no es como antes, atrás han quedado los días en los que él le veía y deseaba tocar su cintura o simplemente besar su cuello. La última vez que hicieron el amor, ninguno de los dos la recuerda y aunque Clara lo intenta, a veces parece imposible que vuelva a ser como antes. Alberto se niega a entrar en lo que debe producirle culpa, a juzgar sobre todo por la cara que se le queda, cuando alguna de esas raras veces terminan por hacer el amor. Para él es difícil decir que no cuando delante se planta una mujer, Clara, a la que un día amó y que es todavía hermosa, con uno de esos conjuntos negros diseñados a base de encajes y transparencias. Pero lejos del deseo furtivo, ya no queda mucho más.

Bueno, una cosa quizás sí, María. Alberto es un padre que se siente muy unido a su hija. Teme a los cambios que se producirían si decidiera marcharse de casa.

“Pero cómo puedo seguir en esta farsa de matrimonio, cuando ya no siento nada por Clara y quisiera poder rehacer mi vida”. Eran los pensamientos que asaltaban día sí y día también a un inconforme Alberto, conector como era de que no podría mantener aquella situación mucho tiempo más.

“Ella, ella” suspiraba en silencio por algunos rincones, presente y ausente casi todo el tiempo. Ella no era Clara, con “Ella” se refería a una mujer de unos 35 años, sensiblemente más joven que él, que ya contaba sus años de vida por 48. Ella respondía al nombre de Charlenne.

A Clara, como a la mayoría, le gustan los regalos. No siente una pasión especial por las sorpresas, pero no suele pasar por alto fechas señaladas, en las que aprovecha para hacer sentir especial a quien celebra. Por supuesto espera a cambio el mismo trato, sobre todo si debe venir de alguien cercano como su marido.

En esta ocasión, Clara sentía esa cierta incertidumbre y dentro de ella reinaba esa especie de desasosiego que te invade cuando intuyes que algo puede no salir exactamente como desearías. Pero con esa venda que cientos de veces puso frente a sus ojos, siguió adelante, desbocada, esperando despertar ese algo que sabía dormido en él.

-Bueno, está claro que estás esperando a que te lo entregue yo primero o quizás no has tenido tiempo de comprar nada porque has estado muy liado en el trabajo.

Fue la forma que encontró Clara para entregar su regalo de aniversario. Apareciendo en el salón mientras Alberto veía un partido de Básquet, que a juzgar por los jugadores, debía ser de la NBA porque aquellos hombres, la mayoría de raza negra y con cuerpos esculturales, parecían saber volar inspirados por un balón y los gritos eufóricos de aficionados. Ese instante se hizo enorme y la alarma se hizo mayor cuando Alberto no hizo el mínimo esfuerzo por justificar su olvido.

-Lo siento Clara- dijo con esa voz preocupante de marcada seriedad y bajando la cabeza con esa vergüenza que un momento embarazoso como aquel produce- No he caído en la cuenta de qué día es hoy-

En sus manos, una caja envuelta en papel regalo color azul y una pegatina plateada que pone ¡Felicidades!; al lado, una pequeña postal con algo escrito. Alberto fija su mirada en el regalo pero no cree que deba abrirlo. Lo sujeta con ambas manos y le cuesta apartar la vista para decir por fin, lo que lleva meses deseando. Y una vez allí, lo hizo. Colocó cuidadosamente el regalo sobre la mesa, como queriendo tratarle con el amor que no puede prodigar a quien lo entrega, pero con esa solemnidad de quien siente respeto y hasta tristeza - Clara...- Y se hizo un silencio- ...Yo creo que es hora de que hablemos.

La cara de Clara se transformó, pero tampoco podría decirse que lo hizo radicalmente. En el fondo, en ese hondo espacio donde queda resguardada de ser notada, la objetividad; ella sabía desde hacía algún tiempo que las cosas no marchaban bien, pero tenía miedo; miedo a enfrentarlo, miedo a que fuera cierto, miedo a quedarse sola, miedo.

-¿Y de qué crees tú que deberíamos hablar?- preguntó ella con ese tono que grita que la incertidumbre se rinde al fin a la evidencia.

-Mira Clara, yo lo siento mucho. Lo he intentado pero ha sido imposible. Te tengo mucho cariño, juntos hemos vivido muchas cosas y tenemos una maravillosa hija; pero no me siento enamorado y quiero que nos separemos.

Como cuando una jarra de agua fría te es arrojada a la cabeza o un patinador cae por accidente a un lago helado, así penetraron en Clara las palabras de su marido, de sopetón.

-¿Qué me estás diciendo Alberto? ¿Te estás escuchando? ¿Es que no te importa el hecho de que somos una familia, que tenemos una hija, que llevamos diecisiete años casados, coño?- Y la última palabra retumbó en la habitación y tras de ella y la rabia con que había sido pronunciada, se quebró la voz de Clara, sus manos resguardaron su cara de la vergüenza, la tristeza y hasta la sorpresa; y lloró.

Se sentó, se puso de pie inmediatamente, sintió que una fuerte taquicardia se apoderó inmediata y fulminantemente de su corazón, y la ansiedad se hizo con ella y sus fuerzas.

-Tú no puedes hacerme esto, no puedes hacernos esto. ¿Te crees que yo no he sido infeliz? Ah pero aquí sigo, lo he intentado, no he abandonado porque he creído que podía y debía aguantar para salvar lo que construimos. Tú no, tú vienes y te lo cargas en un segundo, así, como si nada. ¿Te has parado a pensar si me echarás de menos, si estar separados será peor que estar juntos aunque no seamos todo lo felices que quisiéramos? Yo sí lo he pensado muchas veces y todas ellas he enterrado mis deseos y mis fantasías porque creía que no debía dejar de lado lo que tanto cuesta construir con otra persona, sólo porque una a veces tiene caprichos inconfesables y hasta incomprensibles. Pero tú no eh, tú no. ¿Cómo se llama ella Alberto? ¿Cómo se llama la mujer que te ha dado fuerzas para abandonarme sin pensar y sopesar todos estos años?

-Clara te pido que te calmes, no hay ninguna otra mujer por la que quiera que dejemos de estar juntos. La razón soy yo mismo que ya no me siento como antes. Algo ha cambiado dentro de mí y soy un hombre joven que merece volver a sentir cosas estando en pareja.

-Ah porque ya no sientes “cosas” conmigo o hacia mí, qué mierda importa es lo mismo- dijo ironizando la palabra “cosas”, Clara- ¿Te crees que yo sí? ¿Te crees que me siento importante y especial para ti? Cuesta trabajo que me mires, que atiendas a lo que me gusta y lo que me interesa, cuesta que salgamos a divertirnos como adultos y dejemos de lado la economía, la hipoteca, los problemas con María, los problemas con tu madre, con la mía, con tu maldita oficina o con qué sé yo que otra puta cosa, joder-

Se inclinó con la expresión en el rostro de alguien dolido en lo más profundo, de alguien que está siendo desechado y abandonado por quien ha compartido hasta lo inimaginable, por quien ha estado presente en los recuerdos, buenos y malos, de los últimos diecisiete años; y eso, es mucho tiempo. Con el dedo índice, marcando el rostro de Alberto, dijo juntando con fuerza los dientes y dejando sacar la rabia y la incredulidad de aquel momento- Entérate de una puta vez, yo también llevo tiempo sin sentir lo que quiero para mí y lo que merezco en mi vida, pero he seguido aquí y... ¿A cambio?, ¡A cambio esto!

-Clara, de verdad que lo siento mucho, créeme

-No digas ni una sola vez más que lo sientes y acaba de decirme quién es ella, ¿O te crees que me voy a tragar eso de que no existe nadie? Dilo de una vez coño, ¡Dilo!- gritó como loca Clara.

-Lo que sí voy a decirte es que no tiene sentido para ninguno que sigamos adelante cuando no somos felices. Tú acabas de decirlo. Hace tiempo que no eres feliz conmigo.

-Sí, ¿Pero sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? Yo he intentado salvarlo y hubiera hecho más por lograrlo. Tú en cambio, tiras la toalla y punto.

-¿Qué más querías que hiciera?

-¡No me jodas! O sea que hiciste cosas por salvar lo nuestro. ¿Cuáles? Quizás estabas haciéndote a la idea de que lo intentabas y resulta que era que estabas poniendo de tu parte, pero con otra ¿no? ¿No Alberto? Responde de una puñetera vez joder.

-Tú no lo entiendes, nunca has entendido bien lo que yo hacía, mis esfuerzos, mis deseos y ¡Sí!- gritó liberado- hay otra mujer. Mira, ya lo he dicho- gesticuló Alberto mostrando, por fin, algo de sangre en sus venas que le hacía perder, por un momento al menos, la ecuanimidad que deseaba mantener- ¿Estás mejor ahora? ¿Has resuelto algo sabiéndolo?- gritó llevándose las manos a la cabeza.

Silencio sepulcral. Cara de asombro y profunda tristeza en Clara. La estampa, la de una persona a la que la vida ha abandonado de repente su cuerpo, dejándole en un lamentable estado de debilidad y desnudez; y a la que, de pronto, súbitamente, regresa y le insufla el halo que le arrebató por segundos.

Y con una voz baja y extrañamente calmada, propia de quien ha perdido las fuerzas en ese momento para seguir batallando, Clara dijo- No, no estoy más tranquila, pero ahora ya lo sé todo.

Dio media vuelta y salió de la habitación, tomó las llaves del coche y se marchó. Sin saber bien a dónde, pero se marchó. Estaba claro para ella que no podía permanecer ni un minuto más en la casa junto a él. Ya había soportado suficiente humillación y era momento de ponerse un poco a salvo.

Allí quedó Alberto. Mirando a su alrededor. Contemplando la casa en la que habían pasado muy buenos momentos y otros tanto que no lo fueron demasiado, especialmente en los últimos años. Allí había historia, pero él tenía claro que quería continuar escribiendo sobre otras paredes y bajo otro techo. Atrás dejó el regalo, sobre la misma mesa donde le había colocado al desatar la tormenta y con pasos seguros fue hasta su habitación para recoger sus cosas.

Dos horas más tarde, estando aún solo en el piso, la puerta se cerró tras de sí. Tres maletas llevaban lo suficiente para las próximas semanas. El resto era más difícil de recopilar en una sola tarde: libros, documentos, más ropa, tanto de invierno como de verano y los recuerdos familiares que negociaría, si se decidía a hacerlo, con Clara.

-¿Y cómo es ella? – había preguntado Charlenne aquella noche de tormenta algunos años atrás. Se refería a Clara, la mujer a la que Alberto llevaba un especial regalo de cumpleaños, la mujer que tanto significaba entonces para él y a la que lamentaba no poder abrazar a tiempo por su cuarenta y un cumpleaños.

Los enormes ventanales de cristal que rodean todo el aeropuerto moscovita Domodédovo permanecían nevados por las bajas temperaturas. Fuera caía tanta nieve que no parecía poder terminar nunca. El paisaje se teñía de blanco pero ellos estaban cobijados en las salas de espera y con alguna que otra taza de chocolate caliente entre las manos. No escuchaban el viento; pero el rápido movimiento y las ráfagas que se veían a través de los cristales al caer los copos de nieve, permitían escuchar desde el silencio de la imaginación, la fuerza real con que caía aquella tormenta de nieve. Horas antes, los trabajadores del aeropuerto intentaban, sin éxito, mantener despejadas las pistas; y los camiones, con cañones de líquido anticongelante, trabajaban para retirar la nieve y el hielo de los aviones antes del despegue.

Sin embargo, la tormenta venció. ¡Quién diría que el tiempo cambiaría tanto las cosas!

*Aylén Martínez Hernández*  
La Habana - Cuba

*Licenciada en Psicología, residente en  
Madrid, España.*

*Máster en Orientación y Terapia  
Sexual y de Pareja.*

*Máster en Psicología Clínica.*

*Escritora con preferencia por la narrativa.*



# En la piel del astado

Poesía

Quando zagal todo eran miramientos  
que preservaran plena mi bravura  
para entregarme luego a la tortura, y  
digan de mí que soy un monumento.

No me dio confianza nunca la palabra  
del que me brindó sustento de su mano,  
y más aún cuando, presa de su engaño,  
me abandonó a mi suerte de forma macabra.

Cual condenado que conoce su destino,  
me planto ante el verdugo frente a frente,  
mas habrá de luchar por darme muerte,  
y eso que no busqué ser su enemigo.

Es mi lágrima fiel reflejo de tu fierro,  
ese que aspiras a clavarle en cada envite  
cuando en ti mi confianza deposite  
tras superar con garbo tus requiebros.

Quién llamará asesino  
a este morlaco  
que busca su camino  
fuera del barro,  
mientras un vil furtivo  
de él se ha burlado  
tras clavarle un cuchillo  
y hacerle daño.

Quién será ese "valiente",  
así llamado,  
que estando aún caliente  
y desvencijado,  
no lo mire de frente,  
como es mandado,  
lo deje ahí yacente  
y acogotado.

Hoy maldigo ese día  
ya tan lejano  
en que a tamaño crimen  
llamaron arte.  
Cuán canalla sería  
aquel villano  
que se manchó con sangre  
pa' enamorarte.



*David Solera Arís*  
Madrid - España - 1984

Licenciado en Ciencias Sociales con  
Certificado de Aptitud Pedagógica.  
Actor de teatro y escritor con preferencia  
por la poesía y el relato.



# Continuidad de los parques

**H**abía empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

*Julio Cortázar*  
 Bruselas - Bélgica - 1914  
 París - Francia - 1984

*Relato extraído del libro*  
 "Final del Juego"  
 (1964)

